

Año IX – N° 10 – Agosto de 2026.
ISSN: 3008-9743

Aquilea

Revista digital de la Maestría en Escritura Creativa de la UNTREF



Aquilea

**Revista digital de la Maestría
en Escritura Creativa de la UNTREF**
Año IX – N° 10 – Agosto de 2026
ISSN (on-line): 3008-9743

Director

Maximiliano Crespi

Editora responsable

María Negroni

Secretaria de redacción

Ana Abbate

Colaboran en este número

Ramón Andrés, María Negroni, José María Brindisi, Susana Villalba, Alejandro Moreno, Micaela Szyniak, Santiago Nader, Gabriela Franco, Marina Califano, Matías Mendez, Malena Saito, Emilio Rombulá, Magdalena Girardi, Guadalupe Muro, Julián Gorodischer, Elian Faiman, Sol Reali.

Arte y diseño

17grises editora

Imagen en tapa

Kirin: *Novalis*. Técnica mixta. 2022

Agradecemos a la Fundación MEDIFE por la ayuda en la corrección de este número.

Las opiniones vertidas en los diferentes artículos corresponden a sus autores y no necesariamente son compartidas por los editores de esta revista.

Sumario

Serie Frost

conferencia

*Puñados de tierra y
literatura*

por **Ramón Andrés**

7

Textos de Profesores

narrativa

El instante (fragmento)

por **José María Brindisi**

21

poesía

Extractos

por **Susana Villalba**

34

Trabajos finales

tesis

Tres ejemplos

por **María Negroni**

**Alejandro Moreno,
Micaela Szyniak,
Santiago Nader**

65

**Textos
de estudiantes
(Maestría)**

Seminarios

El ritmo es todo
por **Gabriela Franco**

**Marina Califano,
Matías Mendez,
Malena Saito,
Emilio Rombulá,
Magdalena Girardi,
Guadalupe Muro**

80

**Textos
de estudiantes
(Diplomado)**

Seminarios

*Una voz
que ya no escribe sola*
por **Julián Gorodischer**

**Elían Faiman,
Sol Reali**

93

— *Hombrecito* (Técnica mixta, 2024)
Kirin



Serie Frost

Barro tal vez

El 12 de noviembre 2025, la Maestría en Escritura Creativa de la UNTREF recibió en Buenos Aires a Ramón Andrés como conferencista en su ya clásica serie “Lecturas Frost”. Considerado uno de los más importantes autores europeos contemporáneos, en conversación con Pablo Gianera y Silvia Dabul, el escritor vasco deleitó a los numerosos asistentes con una brillante disquisición, de sutil ejercicio metafórico, sobre el suelo en que germinan la cultura y la literatura.

A continuación, ofrecemos a los lectores y lectoras de *Aquilea*, el texto completo de aquella conferencia originalmente titulada “Puñados de tierra y literatura”.

Puñados de tierra y literatura

por Ramón Andrés

Es un gran honor estar aquí, ante ustedes. No puedo tener más que palabras de gratitud, y no se trata de una cuestión de retórica, créanme, mi sentimiento es del todo sincero. Gracias a la Maestría en Escritura Creativa, que me permite formar parte de la Serie de Lecturas Frost, muchísimas gracias a María Negroni por su invitación, por su amabilidad y su saber, por su delicadeza y su trato, también mi gratitud a Ana Abbate, sin duda. María Negroni me sugirió en nuestros primeros correos que aludiera a ciertas cuestiones vinculadas a mi trabajo, o bien que abordara asuntos que conciernen a la escritura. No sé si les aportaré mucho, porque quizá no sea muy apasionante lo que voy a comentarles, ya que toda mi vida, también en todo aquello que he procurado escribir, he seguido con el mayor respeto esa confesión de Michel de Montaigne, cuando en uno de sus ensayos dice que va asintiendo detrás de los maestros. Yo también voy asintiendo de este mismo modo, agradeciendo siempre, a veces reticente, a veces rendido a sus consejos. Seguir unos pasos ajenos no significa imitación, ni tampoco acogerse a un cómodo refugio en el saber de otros. Seguir sus huellas, ir tras ellos es, a mi entender, una forma de consuelo, el consuelo de sentirse guiado por los espíritus escogidos que han estado aquí, o que todavía están, porque, por fortuna, el conocimiento no es únicamente una cosa del pasado.

Si he titulado este escrito *Puñados de tierra y literatura* se debe a que propongo comenzar por lo esencial, por el suelo, por el humus, de cuyo término procede la palabra humildad. Porque si bien

es cierto que la ambición debe inspirar la búsqueda de toda creación, no es menos verdad que la humildad permite el desapego de los dogmas y el acercamiento en libertad hacia aquello que se persigue. Sólo desde la humildad puedo reconocer, de la manera más abierta, que toda mi vida he escrito para saldar deudas. Deudas no económicas, pese a la aspereza y las dificultades que comporta escribir ensayo, poesía o aforismos en un país tan inculto y despreocupado como el mío, tan incorregible. Al hablar de deudas me referí a las contraídas, en mi caso, con los maestros y maestras que acabo de evocar, de los que he aprendido una parte sustancial de lo que hoy me sirve para pensar.

Esto explica que uno de mis primeros libros estuviera dedicado a Johann Sebastian Bach, concretamente a su biblioteca particular, la que tenía en su casa. La intención era, a partir de esos títulos, reconstruir y entender un espíritu que ha sido crucial en mi vida, comprender ese ir más allá de lo que revela su música, que es casi todo. Bach siempre ha sido una tabla de salvación, ya desde mi niñez. ¿Por qué tan prematuramente? Les confesaré que nací en un hogar complejo y desavenido. Las notas del violín de mi padre, que era un músico aficionado, la preciosa voz de mi hermana, mayor que yo, que estudiaba canto, me arrancaban, como ninguna otra cosa conseguía hacerlo, de la soledad y de aquel último rincón de la tierra en que me sentía. Bach, que sonaba de manera esporádica, ya que mi casa estaba inundada por la orquesta de Wagner, tan vehementemente y enfadada con sus continuos fortísimos, me enseñó a huir, a evadirme lejos y crear un mundo aparte. De manera que, pasados los años, me sentí deudor, y, si bien es verdad que una deuda no se salda con un libro, sí puedo decir que restaña a quien lo escribe, aunque sea un poco.

No es el lugar aquí de comentarles la biblioteca bachiana, que el compositor fue comprando a lo largo del tiempo, no sólo en las pequeñas librerías de la época, donde se vendía papel, cartón, velas, tintas y polvos secantes, sino también en los mercados que ponían sus mesas los domingos, en Leipzig, donde vivía. Hay que decir que, a la muerte de Bach en 1750, esa biblioteca estaba falta de muchos libros; se los fueron llevando sus hijos, sobre todo Wilhelm Friedemann y Carl Philipp Emanuel. A buen seguro, por cuestiones de mentalidad, los funcionarios del Concejo de Leibzig que hicieron el inventario no recogieron los títulos de contenido literario y poético. No era del todo decoroso, para la mentalidad de entonces, que un *kantor* de Santo Tomás de Aquino se prodi-gara en unas lecturas consideradas ociosas. Sí deseo decirles que, entre los más de ochenta libros registrados —en la biblioteca se calcula que podía haber 220 volúmenes; la de Spinoza contenía 280, y casi el doble la de Montaigne— estaba el *Anti-Melancholicus*, de August Pfeiffer, nacido casi medio siglo antes de aquel 1685, cuando Bach vino al mundo. Siempre me ha interesado ese ir a la contra de la melancolía, esa melancolía tan occidental, tan nuestra, que ha definido y marcado a una cultura ya desde sus inicios, una civilización que rinde su amor a la tristeza y la adversidad, al conflicto.

Ese humus del que les hablaba debe llevarnos a reconocer que, con una llamativa frecuencia, los libros que se escriben están dominados por la voluntad de mitigar una antigua melancolía, una persistente bilis negra o *melas kholé* aristotélica que parece resentirse siempre de una pérdida, de una ausencia que la historia no es capaz de disuadir ni olvidar. En Occidente la literatura, la filosofía también, el arte, tienden a complacerse en la melancolía, no sólo del

pasado, sino melancolía de lo que nunca llega, como escribió Giacomo Leopardi. Una de las condenas de nuestra cultura es sentir una insuficiencia del presente, confundir lo Real y profundo con el sesgado concepto de realidad que dio Hegel a este término, que lo propuso como «actualidad», con «discurso exterior». Esta carencia es una seña de identidad de Europa, que es lo mismo que decir Argentina. La constante servidumbre hacia la idea de futuro, y no hacia el mañana, que es algo más modesto, pero también más sensato y fuera de lo ideológico, y el abonarse al lamento de esta pérdida a la que aludo, es uno de los trágicos caminos de Occidente, que siempre se dirige a su anunciado final.

Pérdida del Paraíso, pérdida del Hijo de Dios, pérdida de su cuerpo, que no se halla en el sepulcro. No es posible encontrarlo. Esto forma parte del sustrato de nuestra manera de sentir, no es necesario ser creyente para presentir que algo se ha perdido, y no sabemos exactamente qué. Pensadores tan diversos y poco alineados con las creencias religiosas como Spinoza y Nietzsche, muestran en sus obras el adolecer de un arcano y un mundo trascendentes. Cuando Nietzsche dice que «Dios ha muerto» está diciendo que ha muerto el mito, que fue nuestro primer lenguaje. Estamos influidos por un *Lógos* que se ha investido de manera determinista, y por eso mismo ama los absolutos. Es la esclavitud de esta civilización de la discordia, que, desde sus inicios, labra la quimera de un querer ocupar, de un querer llenar y refutar la nada, de un vivir empleado en la conquista permanente, sin cuento, de ahí que no comprenda el obrar de otro modo, y acaso el obrar sin objeto, el hacer sin cometido. El sin porqué del Maestro Eckhart, tan oriental en esto. El sin porqué de Angelus Silesius, que apenas difiere del enunciado por Rilke. Concebir

que todo revierta en un logro —en términos de producción—, deslumbrados por los rigores de una razón que se restringe a sí misma cuanto más avanza, no ha hecho sino acotar la realidad.

Al fundirse la nieve, al destilarse, ¿adónde va lo blanco? Se aventura que fue Shakespeare quien se hizo esta bizarra pregunta —*Where goes the white when melts the snow?*—; podría pensarse que ha leído las páginas del *Fedro*, donde Platón conviene que la nieve jamás aceptará lo caliente. Ni el frío, el fuego. ¿Qué permanece en lo indeterminado? ¿Qué vive en lo que fluye? ¿Adónde va lo blanco? No lo sabemos, los occidentales malvivimos entre la totalidad y el no-ser, entre el ser y la nada, que son los confines de lo que algunos llaman Absoluto. O el mundo en movimiento de Aristóteles, o el mundo detenido de Platón. Incapaces de aceptar que en nosotros hay un desconocimiento que nos hace intuitivos, somos reacios a aceptar nuestra naturaleza fortuita, pura herencia del azar, y que, como mucho, nos es dada una docta ignorancia, si queremos referirnos ahora a la obra crucial de Nicolás de Cusa.

Una civilización taxativa muere siempre en el cepo de su determinismo. Concebir la existencia como un desesperado ir hacia lo prometido, contemplarla como un cumplimiento, nos ha exiliado del mundo. Este melancólico mirar atrás y olvidar el presente, sujeto a un devenir que amenaza, tal es su condición, forma parte de esta pérdida que nos ha privado «del ahora». Procedemos de un pensamiento religioso apocalíptico.

A esto me ha llevado pensar en el *Anti-Melancholicus*, que Bach leía por las noches, cuando todos dormían en su hogar, agitado durante el día, lleno de niños y de copistas, que solían ser alumnos suyos. Casi todo lo compuso a esas horas en las que todo calla, a la luz de un candil, que tiene más continua y firme llama que una vela,

ya que sus ojos eran frágiles. Cualquier detalle, una frase, una reflexión, puede darnos pie a especular cuestiones sobre el tiempo, el tiempo de Krónos, a detenernos en el porqué de algo, a tratar de reflexionar sobre la finitud, como es el caso de este libro de Pfeiffer, que no sabemos dónde lo compró el autor de *El clave bien temperado*. Las preguntas por el ser quedan latentes en esas líneas, que albergan la incertidumbre de nuestro desino.

Por eso entiendo la escritura como un recipiente, como un lugar donde el pensamiento reposa en silencio. La escritura es la vasija del decir, la bodega de la memoria. Este silencioso yacer de las palabras se presta de hecho a muchas metáforas. En un libro que titulé en 2016 *Pensar y no caer*, precisamente en un capítulo llamado «La escritura, la tierra», quise recordar que los antiguos griegos llamaron *boustrophedón* al trazo de una escritura cuyas líneas discurrían de izquierda a derecha, y de derecha a izquierda, sin discontinuidad, tal como era por entonces costumbre arar los campos: De hecho, *boustrophedón* significa el girar del buey, el girar de la yunta a surco seguido. Y así también, en Roma, *legere* no sólo significaba leer, sino asimismo cosechar, recoger, literalmente, lo que se ha sembrado en el campo. Y sabemos que llamaban *lyra* al surco, y que, cuando la reja salía de él, de esa angostura roturada, lo designaban *delirare*. Y era costumbre llamar *pagina* a un viñado rectangular, y en hebreo, a quien se dedicada a estudiar el Talmud, se le conocía como *talam*, es decir, labrador. El signo, la incisión en la arcilla, lo cincelado en la piedra, sobre una estela, en una pared, como aquella en la que Heráclito el Oscuro, al bajar de su retiro en las montañas, anotaba las sentencias. De modo que en los materiales de la tierra está reflejado desde lo más antiguo nuestro deseo de testimoniar.

No les comentaré mucho más sobre mi trabajo, es difícil hablar de lo propio, si es que uno es dueño de algo. No quiero cansarles, ya ven para cuánto ha dado la melancolía de ese *Anti-Melancholicus*. Sí me atrevo, sin embargo, a referirles un libro que publiqué en el año 2013 titulado *El luthier de Delft*. Es el nombre de un cuadro de Carel Fabritius, un pintor que se dice fue maestro de Johannes Vermeer. Murió muy joven, en la terrible explosión de un polvorín que estaba en Delft y que devastó una buena parte de la ciudad. El incendio tardó días en ser sofocado. Tenemos noticia de que el estallido rompió unas cristalerías de la casa del mencionado Vermeer, y que destruyó la vivienda del malogrado Fabritius, y con ella muchas de sus obras, lo que explica que nos hayan llegado tan pocas.

En ese cuadro, pequeño como una caja de zapatos, un *luthier* espera meditativo, está sentado en la calle, junto a una mesa que ha dispuesto fuera de su taller. En esa mesa aguardan un laúd y una viola da gamba, confía venderlos pronto. Está contemplando la iglesia que está enfrente, tal vez pensando en sus proporciones, en la resonancia de su interior, quizá haya caído en la cuenta de que la caja acústica de un instrumento musical es como un templo en miniatura, pura resonancia. Les diré que este libro es una entrada en el cuadro, un libro sobre la Holanda del XVII, sobre su música, sobre el arte de los violeros, sobre las acaloradas disputas que mantenían en los puertos, donde hacían guardia y esperaban días y días para hacerse con las mejores maderas que llegaban de América o de las Indias. Es, también, un acercamiento a la filosofía del mencionado Spinoza, a la música de Sweelinck, a las cruentas luchas de religión, también a la arquitectura de las iglesias y a la necesidad de intimidad que empezaba a vivirse en el interior de los

hogares, que disponían sus espacios para que la lectura y el recogimiento tuvieran mejor cobijo.

Pero en realidad, por muchos temas que converjan en esta obra, les confesaré que sus páginas están dedicadas, en su intención oculta, a la lentitud y las manos, al trabajo artesanal y silencioso, no automatizado, es decir, no domesticado por la idea mecánica de producción. Tener en cuenta las propiedades de la madera, estudiar la distancia de sus vetas, su flexibilidad y capacidad de transmisión de las vibraciones, calcular las proporciones de la caja de un violín, soñar el sonido antes de que el instrumento lo cristalice, eran las labores propias de quienes estaban todavía en la cadencia del mundo. En el libro, las manos se presentan como parte de una pérdida, las hemos olvidado, pulsamos más que tocamos, hemos renunciado a los contornos y las rugosidades. Tratamos la materia sin tocarla, como la existencia.

La decisión de vivir despacio, el arrojo de oponerse a un mundo tratado a empujones, la convicción de la calma, lejos del aceleracionismo sobre el que tanto ha escrito Nick Land, es una ganancia. Las personas, las cosas, lo son por el tiempo que les dedicamos. Que la inteligencia artificial, a través del lenguaje autoregresivo ChatGPT4 o del que enseguida vaya a sucederle, sea capaz de crear una obra, llamémosle literaria, no significa que la escritura de puño y letra pueda ser menos audaz y que deba necesariamente desaparecer, porque el sueño está en nosotros y es irremplazable por un sistema. Nosotros mismos somos el sueño, ya que presentimos la muerte. Nos obliga a imaginar y a pensar la vida en todas sus formas y direcciones. Cuando la perfección de la Inteligencia Artificial alcance a sentir angustia y exasperación de tan humana, recurrirá a nosotros, que ostentamos cátedra en estas materias. Nos necesitará.

El primer libro fue el recuerdo de un cielo mítico que necesitó ser fijado en un papiro, en un hueso de reno, en un caparazón de tortuga o sobre una tabla de arcilla. El primer libro fue un presentir entre las manos. La gran diferencia de una obra, que podemos llamar literaria, con respecto a la escritura que recurre a la colaboración algorítmica, es que procede de un lugar que está en la memoria de lo que somos, viene de una genealogía, de unos antepasados cuyo eco percibimos quizá sin darnos cuenta. Y es un antaño que cuenta también con su ahora. El pasado es siempre reciente y nos gobierna, se quiera o no. En el Libro de Job se lee que «somos de ayer».

Cada objeto, una lectura, la labor hecha a conciencia, una mesa en compañía, pensar sin coacción, conversar, necesitan de una renuncia, de una fuerza que resiste al vértigo que nos ha entregado el más totalitario imperio del dinero. Fijarse ahora en unos dedos que vacían un bloque de nogal o de arce, en los dedos que sostienen un arco o afinan un instrumento, como sucede en otro escrito que he titulado *Despacio el mundo*, es detener la inercia de una realidad asediada.

Hoy la literatura, además de su cometido, que es crear una asimetría entre la imaginación y la realidad, debe emprender una revuelta contra la prisa que nos saquea, escribir debe responder a una impugnación hacia aquellos que nos utilizan como combustible de sus máquinas. Nos amasan en la tierra prometida de la identidad, que es fraude y un carecer de recursos. No han contado, sin embargo, con lo que permanece, con lo que es inmutable y que por ello tiene algo de divino. Estoy hablando de la inmanencia. No han contado, decía, con el silencio que queda en los lugares después de que los hayamos abandonado; no han pensado

en la rebeldía de lo que es refractario a la imposición; no han reparado en la mirada del enfermo que espera sanar; en el callar de las manos que cosen, ni en el rastrillo y la azada olvidados en un rincón del huerto, como sucede en la *Carta de Lord Chandos*. No han visto el perro que duerme al sol como un legado antiguo, la rama que no tiene prisa en soltar el fruto, la comida que calenta-mos lenta. Jean-François Lyotard escribe en *Lo inhumano*: «Ir de prisa es olvidar deprisa».

No quiero cansarles más, de manera que, para concluir, si me lo permiten, les leeré un poema que escribí después de recorrer algunos lugares del valle en el que vivo, un pequeño pueblo del Pirineo atlántico, en Navarra, un lugar de bosques y ríos, de montañas y prados y lluvias y caballos, de caminos que proveen el material terroso a esta reflexión sobre lo que uno escribe. Se titula “Paseo” y forma parte de un libro que titulé *Siempre génesis*.

Paseo

Cuando vas por el monte
y subes, subes
 a veces
medio agachado para no pincharte
con la aguja del abeto,
o te detienes para quitar la telaraña
que te llevas con el pelo o el hombro,
y su hilo se disuelve en los dedos
porque ya no es suspensión,
y subes,
aunque caes
en la cuenta de que el desnivel eres tú;
de que no hay cima, sobrepuerto,
cortante o vaguada que no sean tú.
Y a lo transformado en sudor
le llamarás paisaje.
Y si miras abajo y vislumbra un claro,
o una onda de brezo, una casa
hundida como la bota en el lodo,
o un puentecillo colgante,
destablillado como la Historia,
sentirás que eres amado,
 y que no eres amado,
y que el desnivel eres tú.
Y al caminar por una vía muerta,
por lo irregular de las calvas de grama,
entre hierros y tuercas,
 unas aquí, otras allá,

dispersas, ya sin fijación ni obra,
digo, cuando caminas por una vía muerta,
como aquellas de los cuadros de Kiefer,
y le das duro al paso, le das duro
y no te detienes
pese a tener por qué, no te detienes,
el horizonte podría ser la tela
con que secamos cada muerto
recordado.

Y al bajar de lo que hace unas horas
era predicción, proximidad del águila,
astucia de estar encima,
sabrás que el desnivel eres tú,
porque a pie llano las cosas
no son correlación, ni progresión,
sino desconocimiento;

y si preguntas a quien cruza
como tú el camino
dónde está la casa
que veías como una bota hundida
en el lodo

y te dice «a un paso», entenderás
que no eres lo andado
sino lo que media, el no saber,
lo siempre distante,
aunque des por bueno que has llegado
y hagas noche en tu creencia.



— *Cara* (Collage digital, 2024).
Kirin

Textos de profesores

La escritura en el aula

Uno de los desafíos fundamentales de la docencia en la Maestría de Escritura Creativa es el de enseñar produciendo obra. La planta de escritores-docentes que guía esa enseñanza en la UNTREF asume esa tarea como un horizonte deseado e irrenunciable.

A continuación, presentamos a todos los lectores y lectoras de *Aquilea* un par de textos firmados por el reconocido narrador José María Brindisi y por la poeta y narradora Susana Villalba.

El instante (fragmento)

por José María Brindisi

Después, ya bien entrada la noche, mientras caminaba por Nossa Senhora de Copacabana, mientras observaba los rostros que iban de la ventura despreocupada a la tristeza profunda, las ropas de los ricos y de los miserables, las miradas que destilaban dulzura o desprecio, mientras se deslizaba pesadamente por esas calles que había aprendido a querer, y solo era capaz de ver en los otros los gestos extremos, como si estuviesen anclados sin remedio en uno u otro lado de la vida, como si solo se pudiese amar o morir, matar para no morir: ahí se puso a pensar en Flavio. No había dejado de hacerlo en ningún momento, desde luego, pero ahora lo hacía con el dolor con que se atraviesa el tiempo, con las marcas que el tiempo le cobra a los recuerdos, y lo único que deseó de pronto fue volver el tiempo atrás, retroceder casi treinta años, aunque no estuviese seguro, o no tuviese el valor, de decirse para qué.

Lo vio entrar al aula de la Facultad, dubitativo, más bien con el paso coquetamente vacilante, entre desvergonzado y abstraído, rumiando para sí mismo las vicisitudes de su vida verdadera, una de seguro muy distinta de esa que parecía condenado a abandonar pronto. Quién podía no soñar con otras cosas, se dijo entonces y se repitió ahora, aunque él no hubiese tenido el valor o la fe, o acaso solo la suerte, de abandonar la carrera, y tardase todavía una década en darse cuenta de que no era abogado, que para bien o para mal —porque tendría que empezar de nuevo— su estómago no parecía hecho para esas cosas, para observar el sufrimiento y de inmediato, antes de que este se entronizara o amenazara la estabilidad de alguna baldosa floja de sus

cimientos, sacar partido, calibrar, especular con los otros como si fuesen un banco de pruebas.

Cruzó Paula Freitas, dudando entre subir en dirección al Morro de Saudade o bajar a la playa, pero no estaba para tomar decisiones: mientras abordaba de nuevo la calzada hacía lo imposible, lo poco que podía por apartar las imágenes, las suyas en la guardia del hospital a la caza de clientes, la acometida infame, tan lejos de aquella sentencia que el padre de Flavio, con una mano en su hombro, había deslizado para ambos, aunque él ya imaginara a Flavio despidiéndose del Derecho y de todas esas reglas para las que no había nacido. Le pareció que Luis también empezaba a aceptarlo, o que ya era algo del todo asumido, por más que tuviese una mano para cada hombro. “Un abogado debería ser alguien que acerque a las personas, no que las ayude a enfrentarse”, había dicho, y nunca supo si era un llamado de atención, apenas, o un modo de darle a entender que lo suyo, por tanto, debía estar en otra parte.

Antes, un par de días atrás, se habían levantado temprano, un poco más temprano de lo que solían hacerlo: los viernes eran el peor día, en Río, quizá por la cantidad de turismo interno que tenía, y aunque el aeropuerto no estaba demasiado lejos, él era incapaz de evitar el desmesurado nerviosismo que le producía la mínima posibilidad de llegar tarde. No era la primera vez que los chicos se iban solos —lo cierto era que tampoco habían sido tantas— y sabía que en Lucio podía confiar ciegamente, pero aun así algo se había movido de lugar, algo había sucedido; un desprendimiento, en el mejor de los casos, o una intuición. Supo que los extrañaría, como siempre, pero que esta vez sería de un modo distinto, aunque solo se tratase de ese fin de semana extendido en la

cercana Para Ti y no necesitaba que nadie le recordase que el martes todo volvería a la normalidad.

Abandonaron el paisaje familiar del aeropuerto, al que una vez más regresarían pronto, y Elisa le propuso ir a desayunar, hacerlo una segunda vez, en alguno de los bolichitos de Urca que daban al puerto y que ella adoraba, entre otras cosas, por las excursiones de su infancia, o más precisamente de su adolescencia, cuando evitaban la escuela, compraban *biscoitos* y los comían sentados sobre la balaustrada, de cara a la bahía entera.

Le hubiera gustado decir que sí, aceptar el convite en realidad más que hacerlo, solo para despejar los fantasmas que desde hacía bastante tiempo venían colándose en los espacios vacíos, en los silencios, en las preguntas que quizá ninguno de los dos deseaba hacerse en voz alta. No había angustia. Tampoco había, más allá de episodios puntuales que ni siquiera podía recordar en detalle, heridas abiertas o cicatrices profundas. No era eso. Pero hacía un tiempo, quizá desde que Lucio cumpliera los dieciocho, desde esa barrera que se había derrumbado solo algunos meses atrás, que había empezado a intuir el futuro, a sentir su llamado, y aun en su relativa juventud, con la plena consciencia de todo lo que ya no sería nunca como antes pero, a la vez, de todo lo que podría permanecer durante años y años, había sentido el peso de la lógica, de la naturaleza. La presencia de Elisa, y tenía la certeza de que a ella debía sucederle algo casi idéntico, no era más que un acompañamiento, una cadencia que armonizaba con la suya, como si construyesen un ritmo conjunto en el que los tiempos débiles de uno descansasen en los tiempos fuertes del otro, y viceversa. No había amenaza, se dijo más de una vez; no había amenaza. O más precisamente: no había nada concreto que pudiese verse amenazado.

Entonces le hubiese gustado estar libre. Le hubiese gustado sobre todo tener ganas de estarlo, un deseo más contundente, más violento, más desesperado. Había planeado, no obstante, una mañana llena de compromisos, tratando de aprovechar el viaje de los chicos pero, antes que nada, lo que le demandaría emocionalmente la llegada de su amigo. Necesitaba prepararse para eso; tal vez aislarse un poco, inventarse alguna excusa y tomarse parte del sábado en la laguna, remando, especialmente ahora que el maldito hombre había dejado de dolerle. Seis años más tarde, aunque Río se le había vuelto imprescindible, todavía extrañaba Buenos Aires, o mejor dicho extrañaba las pocas cosas que había dejado, en ese presente demasiado cercano que no le había dado chances de resistir, expulsándolo a esa otra ciudad que, sí, tenía todo para ganarse el adjetivo de *maravillosa*.

Llegaría Flavio, ese domingo, y el peso de los años, de todo lo que habían ganado y perdido, haría lo suyo. Y hubiese preferido entonces aceptar la invitación de Elisa, tomarse la mañana juntos subidos al ánimo del café y de la ligereza mentirosa de los barcos, al menos para construir en velocidad una pequeña trinchera, un sitio mínimamente seguro que le permitiese defenderse mejor de la nostalgia. Y sin embargo hubo algo, un temor, un miedo indefinido apañándose en el espacio indefinido de las horas y de las promesas, y eligió hacerle caso, seguir. Y así el día corrió hacia la noche.

Después, cuando subía por Siqueira Campos en busca de un trago, mientras caminaba esas pocas cuadras con el deseo oculto de perderse, aun sabiendo que no había manera de que eso ocurriese, empezó a pensar en la relación tan distinta que tenían, ella

y él, con esas mismas calles; con la ciudad toda. Elisa había accedido a que vivieran en Copacabana, y no en Leblon como ella hubiese preferido, y lo cierto es que ese había sido un gesto por demás generoso; después de todo, mudarse a Río no había sido producto de su añoranza, ni siquiera de su preferencia, sino de la decisión de ambos —pero cómo no sentir esa carga si era él quien no había sabido arreglárselas— de bajar los brazos, de dejar de pelear con el monstruo y fabricar allí mismo, con sus mismos costos, para su mismo mercado. Por alguna razón, cuya lógica él no lograba encajar del todo, ella nunca había pensado seriamente en volver a Río; ni siquiera la cercanía de sus padres, ni la presencia de Joana, sin duda la favorita entre sus hermanos, la habían imantado. Se habían conocido en Buenos Aires, allí habían vivido y tenido a sus hijos, y luego Río les daba una oportunidad. Elisa había celebrado el cambio, también la alegría con que los chicos abrazaran aquella nueva perspectiva, y el paso siguiente fue apenas resolver el cómo y el cuándo.

Ya podía avistar a la gente apiñada en la puerta de Adega Pérola, el boteco ínfimo al que tanto habían ido en los primeros tiempos y al que él regresaba alguna que otra noche en solitario, tal vez cuando se sentía un tanto melancólico; ya podía verlos bebiendo afuera, sobre los barriles, sentados a la entrada de los edificios vecinos, picando algún *bolinho*, algún escabeche, dejando que las frituras y las cervezas o las *cachaças* se acomodaran unas en las otras, haciendo que convivieran y le dejaran espacio a las conversaciones superfluas, las conversaciones que no necesitan mucho más y que solo tienen como objeto compartir la noche, agradecerla, olvidarse de lo que fuese que les deparara el futuro; ya los envidiaba, acercándose, mientras pensaba en lo que Río era para Elisa, de algún modo una serie de postas que se conectaban

de a saltos, elípticamente, y su propio gusto, su necesidad de recorrer las calles, entrar a los negocios, beber codo a codo con la gente observándola hasta donde se lo permitieran, espejarse y extrañarse en todos ellos. La playa, se decía, quizá había sido ese su punto de encuentro. Pero lo cierto era que su presencia resultaba tan omnipresente que acaso con eso bastara.

Eligió un rincón, una mesa milagrosamente vacía al fondo, junto a una pareja que no dejaba de besarse. Pidió una cerveza, que prefirió no elegir, y unas sardinas que apenas probó. Se sintió acompañado, en cierto modo. Pero era como si afuera, más allá de los parroquianos que seguían riéndose y bebiendo, estuvieran rodeados, o atrapados, por un desierto.

Antes, la noche de ese mismo viernes, hicieron planes, y sonaron auténticos. Habían decidido cenar ligero —apenas un *brie*, palta, una pequeña ensalada casi exclusivamente de hojas verdes—, en parte para no dormirse mientras veían la película que habían elegido, y en parte porque ambos deseaban estar frescos, ágiles al día siguiente, en el que se habían propuesto, como cada vez que los chicos se ausentaban, demasiadas cosas.

Iban por la segunda o tercera copa de vino, él se arrodilló frente a la video para dejar todo listo, ansioso por concretar ese pequeño triunfo de la diplomacia que había sido convencerla de ver una de espionaje, una remake con Gary Oldman y ese otro actor bajito cuyo rostro odioso nunca les revelaba el nombre, y fue en ese momento, en el transcurso más bien de esa breve secuencia, que Elisa se lo propuso. Hacía bastante, le dijo, que no iban a algún lugar sin playa. No se trataba de un reproche: era lógico, y no había nada que sus hijos prefirieran, más allá de las

tardes enteras en que Bruno se la pasaba leyendo y que sentían que para él el paisaje de fondo, el clima, la gente, eran únicamente efectos secundarios de su propia experiencia, algo así como cartón pintado. Pero Elisa le había planteado, por una vez, trastocar las prioridades de la familia.

Propuso ir a la montaña, sin estar visualizando ningún lugar en concreto; la idea lo había tomado desprevenido, pero incluso parecía bastante más que eso: el breve rapto de felicidad no había hecho otra cosa que desnudarlo, que evidenciarle su fragilidad. Pensó que había algo siniestro en esa suerte de contraefecto que producían las buenas noticias o los momentos luminosos: la evidencia demoledora de que todo el resto estaba construido sobre ausencias, necesidades insatisfechas, espacios en blanco. Y se preguntó hasta qué punto ese estado de consciencia, lo inclinado que se había predispuesto hacia la melancolía, quizá incluso a una tristeza despiadada, sin ambivalencias, si eso había sido una intuición; y se preguntó también, desde luego, hasta dónde le era posible creer en ella. Pero, ¿y si en verdad ese estado de ánimo lo había condicionado, si acaso había provocado todo lo que vendría después?

La montaña era una gran idea, respondió, pero lo hizo como si se hubiese tratado de una respuesta informativa, burocrática, una cruz en un casillero. Enseguida rogó porque aquello no hubiese sido percibido por el radar de Elisa. Prefirió no darse vuelta, simular que el disco estaba algo sucio; le sopló la tierra inexistente mientras se decía que “la montaña” significaba otro país, quizá Perú, o Bolivia, o incluso Argentina. Todo, pensó, estaba inmensamente lejos.

Después, como le sucedía siempre que necesitaba pensar, o por el contrario cuando le urgía dejar de hacerlo sin esfuerzo, desembarcó en la playa sin buscarlo del todo, como si sus pies hubiesen hecho solos todo el trabajo depositándolo allí, en la arena, a medio camino entre el mar y los pequeños puestos de comida, algunos más pretenciosos que otros, que surcaban la Avenida Atlántica. Aquellos parecían ser los soportes de una red de vóley, y más allá una sombra que, imaginó por el dibujo que hacía, debía ser uno de los puestos de los surfistas. Siempre se había sentido más cómodo en esa playa, anchísima, atiborrada y a la vez tan inmensa que contenía infinidad de mundos, y ahora esas mismas cualidades de algún modo lo envolvían, lo protegían de las falsas vías de escape, de las derivaciones que su mente era capaz de imaginar. No iba a preguntarse todavía qué hacer, entre otras cosas porque los hechos poblaban una dimensión demasiado elemental de lo que le estaba ocurriendo. No iba a compadecerse, ni tampoco la iba a compadecer a ella; mucho menos a ese otro cuya imagen parecía borrarlo, cuya voz no hacía otra cosa que enmudecerlo y dejarlo sin aliento.

Dedujo que se encontraría a la altura de *Belmonte*, uno de sus lugares favoritos. Era, hubiese sido, una noche ideal para ir a cenar todos juntos, incluido el tío Flavio; pero *Belmonte*, y Flavio, y hasta sus hijos, todo se le hacía remoto, todos ellos se desdibujaban en una partitura sin líneas, sus figuras aplacadas o borradas de los efectos de la noche.

Y sin embargo surgió, de improviso, la imagen de él y Lucio juntos, cenando allí, algunos años atrás, unos cuantos, mucho antes de que vivieran en Río o siquiera pensaran en hacerlo. Lucio abría la pequeña olla en la que les habían llevado el feijao, y se relamía. Volvía a taparla, mientras acababa el buñuelo que había

comido a medias y aceptaba con algo de orgullo la mirada de su padre. Una familia, un matrimonio con hijos grandes que estaba en la mesa vecina, sonreía al unísono, con dulzura o nostalgia.

Y entonces se preguntó, ahora, mientras el rumor del mar lo adormilaba, dónde estaría Elisa aquella noche. No: lo que se preguntó, en realidad, aunque se demorara en comprenderlo, fue por qué Elisa nunca aparecía en esos recuerdos que de vez en cuando lo asaltaban, sin que nadie los hubiese llamado.

Antes del mediodía del sábado, ya estaba en la laguna. Se había despertado tarde, en contra de sus planes, pero no había permitido que eso lo afectara. Esa noche, esa madrugada en la que le costaría dejarse llevar por el sueño, recordaría esas primeras horas como el prólogo de una promesa extrañamente cumplida. Si el sueño se había resistido no era, esta vez, a causa de la angustia, o la ansiedad, o cualquier otro veneno asordinado; veía la espalda desnuda de Elisa, a su lado, y casi sentía que estaba listo para empezar de nuevo. No se trataba de que el sexo dijese más que lo que estaba destinado a decir; pero sí sabía que sus silencios eran devastadores. Había sido un encuentro pactado, calculado al detalle en sus medidas y sus excesos, y aun así había logrado provocar en él la ilusión de un hallazgo.

Antes, habían abierto y compartido un par de dosis del whisky japonés, morbosamente caro, que él había comprado en su último paso por el free shop, a la vuelta de ese viaje odioso a Miami, cuando decidió que merecía entrar a casa con algo que valiera la pena. Antes, habían conversado con sus hijos, unas pocas palabras para comprobar, agradecidos, felices, que los tres querían a sus abuelos apenas una pulgada menos que a ellos. Antes habían

pedido una pizza en ese lugarcito de inspiración napolitana; ella recordó, de pronto, aquel restaurante italiano de Lagoa en el que alguna vez hicieran tiempo para cruzar a Farol, y a él se le apareció el sueño abrasador posterior al almuerzo que casi les hace perder el barco. Antes la había sorprendido ordenando papeles viejos, y se demoraron viendo juntos fotos en las que odiaban y amaban reconocerse. Antes, ella había salido a correr, a esa hora en la que solo le era posible hacerlo cuando sus hijos estaban fuera; él había desperdiciado con impunidad el tiempo, es decir lo había aprovechado escuchando a todo volumen esa música que ella detestaba —Weather Report, Frank Zappa, John Zorn—, aunque jamás hubiese vuelto a objetarla en voz alta. Antes habían ido juntos al mercado, sin demasiada suerte: Elisa había tenido que posponer su antojo de frutos rojos, y dejar su célebre tarta para otra ocasión. Antes, quizá sintiendo los embates del sexo que solo llegaría de noche, habían compartido una siesta, no sin que antes ella aprobara los nuevos modelos con plataforma, aunque en verdad no pudiese evitar detestarlos. Antes, él la había llamado para confirmarle que comería algo, de pasada, en aquel bar viejo y señorial que quedaba frente a la laguna, otro de sus refugios predilectos; y el almuerzo transcurriría, leve y poderoso a un mismo tiempo, en un registro casi epifánico: uno y otro bocado eran solo un respiro, pliegues de la realidad para que él recuperara la consciencia, el cuerpo regresando lentamente a su normalidad, a su contención, mientras la vista se perdía en los otros, en las conversaciones encriptadas, los movimientos atávicos, las esperanzas indescifrables, los destinos inminentes. Y más allá la superficie plana, amistosa de la laguna, en la que una hora antes había estado lidiando con sus fuerzas, perdido entre las reminiscencias de esa misma piel y esos mismos músculos y esos mismos huesos y las noticias que le

regalaba el paso del tiempo: todavía salía victorioso de esas batallas; todavía podía creerse que las ganaba, cuando en el fondo intuía que lo único importante era la guerra.

Antes, entonces, en esa canoa, se había reído un poco de sí mismo, de sus temores, de sus esperanzas. Era solo remar, se dijo, remar y manejar la respiración. De eso dependía todo. Eso: era: todo.

Después, con el viejo revólver de su padre en la mano, sentado en el pequeño sofá que tenía en ese cuartucho al que solía llamar estudio, rememoró con culpa, con desesperación culposa, todo ese día y el anterior, en los que la visita de Flavio había sido un norte promisorio; cómo podría ser de otro modo cuando su viejo amigo estaba por llegar y traer consigo decenas de recuerdos felices, y sí, una buena dosis de nostalgia y de dolorosa resignación por lo que no había sucedido y ya no sucedería. A esta altura sabía de sobra que el futuro solo se abría atravesando esforzadamente el pasado.

Miró el arma, miró su mano, y no las reconoció. Dejó el arma a su lado con pavor, pero sobre todo con extrañeza, y ahora se enfocó en la puerta cerrada. Trató de penetrarla con la vista; no obstante, su pelea no era con el espacio sino con el tiempo. ¿Cuánto había pasado? ¿Era posible que hubiese llegado, luego de ese ligero pero extenso traspié con el auto, hacía solo un par de horas? ¿Qué había hecho ella, después de tomar las flores? ¿Cuál había sido su gesto, su templanza, su fuga?

Después, sí, ya con las manos libres, él se había abrazado con Flavio como lo que eran, como lo que siempre habían sido: dos hermanos postizos, a quienes las largas separaciones no hacían

más que estrechar. Después él había huido al baño, se había lavado la cara tratando de recobrase, había mencionado la pinchadura, él o Flavio habían hecho algún comentario sobre las flores, es decir sobre los remordimientos, que le habían ganado al apuro. Después él preparó unas caipirinhas; el cuidado que puso en hacerlas disparó otra broma de su amigo, ajeno al infierno que había desatado (no él, en verdad, sino ella). Después mencionaron una y otra contingencia, una y otra realidad, las razones de uno para sentir que había sido una buena decisión instalarse allí en Río, las del otro para desear, pese a lo mucho que le gustaba la ciudad y la alegría que significaba en este caso reencontrarse con su amigo, que su posición en la empresa no lo obligase a viajar demasiado seguido, no al menos por ahora que Lucio era tan chico.

Después hizo lo que pudo para que ellos no vieran asomarse a la muerte.

Después repitieron los tragos, y él hizo lo posible, incluso cuando se derramó una gota al acercarle el suyo, por no mirarla a los ojos.

Después llegó el crepúsculo.

Después, mientras Elisa y Flavio intercambiaban un par de frases sobre músicos que él desconocía, se detuvo a escuchar el tráfico, el ruido uniforme, y anónimo, y letal.

Después Flavio pidió disculpas, aunque ya las había pedido, y prometió que cenarían al día siguiente, o a más tardar el otro.

Después él bajó a despedirlo, y cuando subió ella le atenazó el cuello con los brazos. No debía preocuparse, le dijo: Flavio se haría tiempo para ellos.

Después la vio caminar hacia la cocina, preguntarle sin darse vuelta qué prefería cenar, aceptar el silencio como un gesto de

aquiescencia, desaparecer peligrosamente porque entonces él sólo podría batallar con sus pensamientos.

Después se encerró en su estudio. Después buscó el arma, que previo a esa noche no tocaba desde hacía años, la tomó, la observó en detalle pero en el todo y no en las partes, la sopesó nostálgicamente. Volvió a guardarla, con ese cariz extraño que traen los actos pacíficos cuando son hijos del dolor.

Después convivió con su tristeza, tratando de escuchar lo que el futuro tenía para decirle al pasado.

Después salió, y le dijo que necesitaba caminar un rato; ella le sonrió, comprendiéndolo, aunque él no tuviese idea de qué era lo que ella en verdad comprendía.

Después él abrió la puerta, y se lo devoró la noche.

Podría haber llegado unos minutos después, o un rato antes, y nada hubiese cambiado. Nada había sucedido antes, nada que pudiese modificar el después, y nada sucedería después que permitiese leer el antes desde otra perspectiva. Había sido apenas un instante, después de toda su vida juntos, y antes de lo que fuese a sobrevivir. Pero con eso, con el modo en que ella observaba a su amigo, aunque este fuese ajeno a todo, aunque nada se materializara entre ellos ni tuviesen intención alguna de que lo hiciera, eso, sin embargo, había sido suficiente para que él lo entendiera.

Para entender que nada de lo que pudiese ocurrir después, y ahora estaba seguro de que tampoco nada de lo que había ocurrido antes, se parecía a eso, esa iluminación: eso que las palabras no alcanzaban a cristalizar, y que estaba sucediendo justo delante de sus ojos.

Extractos

por Susana Villalba

Domingo de elecciones en la Shell Select Tango

Todo es una pared en que se ve descascarar la vida en una sola frase: Feliz cumple, aguante Brukman, Cuervo puto. Un solo plano todo, todo plano, carbón, tiza, aerosol. Si tocaras en el cielo moriría Charly, Damas gratis, Rocas sucias. A veces un destello de palabras misteriosas como rocas, como mica en las piedras, veredas de hojas amarillas, cascotes en la calle. De qué rocas en esta planicie de llaneza aplastante, el cielo un plomo sucio del hastío de la lluvia del domingo. Se borronea una palabra, gotea en los cartuchos dispersos en el suelo, los disparos recientes se escriben como huecos del ladrillo. Padre Rainbow, Viejas locas, Pibes chorros. Todo un plano, una toma. Una mancha como hombres alrededor de una fogata, como perros de una noche de mil años.

De día se levanta una ciudad y todos van como leyendo un llamado ultravioleta, hereditario, partitura, como moscas, como entrando en molinetes. Vallados hacia una ventanilla a apostar lo que total ya no tenían. Una vida de pizarra, de una tele para acá. Apenas hace nada, cinco siglos, tres reflejos, un alguien pintó esa caravana de ciegos al abismo, al eco del barranco. Detrás de esa pared en que se estrellan.

Por siempre Chaca, Sebi te amo, Los Tarijas stones. Acaso falta sangre, más aún, que abone esa costumbre de rodar horizontal imaginando que es un plano inclinado, la vida vertical, la tierra un vértigo del cielo, se va a acabar, Señor. No escucho que

truene tu voz, si es una voz, no veo quebrarse la pared, el mundo o alguno en parte alguna. Alguna vez quisiera ver algo distinto, final inesperado, palabras misteriosas, rebelión que no se muerda el polvo de la cola para ir a caer de a uno en fondo. Si fuera posible en este siglo. Si fuera posible en este mundo.

Ma terre, mater dolorosa. El que devora a sus hijos, cuerpos se arrojan como rocas. Señor, entiendo que no nos dejes elegir algunas cosas pero nunca ser más que humanidad, más que este barro que amasa como miga, como costilla que se quiebra de su alma, cerebro de pan que se resbala chapoteando las patitas hacia arriba, el lomo hundido, la mirada a la punta del látigo otra vez a ver si lo rescata para atrás. Por enésimo siglo, lugar, por enésima vida, vez, palabras mismas.

Se vota por la fiesta que se mira apiñado en la vereda, en el zaguán. Gramilla, ripio, guijarro de payana, ficha de sapo, silla, fila, centavo. Peor están los ciegos, los sordos que no escuchan ese vals, esa fanfarria de fajina cortesana. Palabras de cartel que prenden un reguero, un arma frase de repetición. Desfilan los fiscales de veredas, gerentes de kiosquitos, figuritas en clips, ideas con alfileres, cabecitas de tacho con palo y a la bolsa, con las cartas marcadas.

El Ciclón, Almas Mugrientas, Santa Revuelta, El Bananazo, la Brukman a sus trabajadores. Apenas hace nada la gente la cuidaba, ahora apoya el desalojo. Apenas hace igual el hombre como ahora asumía Carlos V, imperio sacro, bizantino o británico, romano, mayestático. El imperio sintáctico que ahora titila mientras llueve en algún lado, en este lado, en esta esquina, frente a un muro. Hijos del hijo, Patria Chuker, Trujamán.

Nuestra Mater lacrimosa, apenas los gases se disipan. En esta esquina Campeón, le vamo a hacer el culo a las galli. Gallito de

baldío. Pollitos mojados bajo el frío. Se vota entre la barra de la jaula o el degüello, en un desfiladero como a cuerda. La marcha hipnotizada de la vida, la primera salvación es la del cuerpo, Señor, recuérdanos el alma cada tanto. En tiempos más soleados, más amables. En este año si es posible. Si es posible en esta vida.

De Plegarias
Susana Villalba

Jizô

Cada mujer tomó la daga,
ceremonia de matar
a las muñecas.
En Japón
la infancia tiene un tiempo
y el cerezo
y el taichiri de otoño.
Esa muñeca tuvo un nombre,
negra como una reina
con pelo azul,
no hablaba.
Detiene el gesto y no es
la infancia
lo que no puede matar
ni vivir.
Es algo que ella dijo
a la muñeca
y ahora no recuerda.
Tampoco olvida si la mira.

Algo que podía entender
otro ser silencioso,
inmóvil,
chiquitito.
Es improbable
que entendiera
las reglas del juego,
ese recuerdo de hacer radio
es imposible,
un cambio de monólogo
interior.
Esa muñeca
tenía tres rostros
en uno.
Jizo,
la máscara de un niño
eternamente dios
o viceversa.
Pero más exactamente
había un indecible
y melancólico saber
de otra manera
la ignorancia.
Sólo confiaba en su inmutable
ángel negro velando.
Toca y ve
que tiene un sexo,
uno solo.
Mujer inconfundiblemente
abstraída por sus ojos.

Eso que sabe de un modo silencioso
cumple un pacto.

Hay una infancia perdida
en la infancia.

Melancolía animal.

En qué momento la palabra
distancia

tomó cuerpo.

Ni puertas de papel
ni la entrada suscita
reverencia.

Ni descalza
el desamparo se puede remitir
a sensación
del cuerpo.

Ni aun el corazón abandonado
sabe
si ha perdido
o es
perdido.

No encuentra razón para matar
a un cómplice mudo.

En qué momento la palabra
tomó distancia
de su cuerpo.

En qué momento se sabe
que la muñeca simula
compañía.

Mientras la peina piensa
o sabe

que es una ceremonia
de la infancia.
Cómo supo que era la tristeza
un pacto inevitable
con la vida.
Por qué recuerda el frío
y no el dolor.
Como los gatos
no puede vivir en una casa
ni en la selva.
Siempre cae parada
y prueba cada vez
mayor abismo.
Basta un gesto,
basta un telón oscuro
para ocultar
el cuerpo de la voz.
Es algo de onagata
que tenía la madre.
Desidia de los días
como nieve,
agazapada en su silencio
acecha alguna sensación.
A punto de matar
el fuego se consume:
cómo atrapar el agua.
Esa mujer se arrodilla
ante el guerrero,
es una ceremonia.
Cómo explicar que no se rinde

más
que tributo a la memoria
de un corazón exagerado.
Cómo pertenecer
a la distancia.
No sería una de tus manos
sino una mano saciada
de tocarte.
Corazón
no me acerques esa daga.
No hay respuestas en el cuerpo
que no pueda adivinar
una cabeza de muñeca
abandonada.
Responder
a ninguna pregunta
que haya hecho.
Y sin embargo
no dice con sus gestos
que sabe las acciones
necesarias.
Montar esa escena
le lleva al mundo tiempo
y ella no se presenta
siguiendo el argumento.
No sufre
sino como un actor
que sufre demasiado.
Ahora sabe:
si jugaba a la radio

no es que hablaba o pensaba,
simulaba una escena,
repetía un gesto
hasta que el patio se volvía real
como una casa
de muñecas.

Corazón
por qué tan sigiloso.
En el Kabuki
se ven los asistentes
que traen el puñal
y el actor vuelve a matar
todas las noches.

Esa muñeca representa
la representación
de su infancia.

Hasta que se hace real.
Como si nunca hubiese estado
en ese patio
agazapada en el frío
silenciando respuestas
a preguntas que no hizo.

Es una ceremonia
pero detiene el gesto.
En qué momento se separa
la cabeza
del cuerpo.

de *Caminatas*
Susana Villalba

La noche de Tanabata

Es la noche
de Tanabata
pero yo no sé dónde está
la orilla del río
del cielo.
Ni el cielo
lo dice.
No sé cuál es el puente
que nos une
y nos separa.
Yo no sé qué pasó,
la vida no es un lugar
seguro.
No hay ceremonias,
los amantes unidos
por un hilo de plata.
Sueño con calles
en las que estás caminando
mientras sueño,
al despertar es tarde.
Yo no sé qué hacer,
el amor es animal.
El camino terminaba
en un acantilado.
Iba un loco
en un coche policial,
feliz de andar en auto,
sentí miedo del dolor,

de la química,
de las palabras que se quiebran
de pronto.

Fuera de mí,
fuera de mi casa,
fuera de todo lo que te ofrecí
voy.

Pero vuelvo, no creas
que pedía más
que la intensidad del azul
ante el naranja.

Yo no sé qué pensar,
para qué
si no quiero entender,
si no hay razones
a veces.

No sé si creer otra vez
en signos que no sé leer
en el río del cielo.

No sé si buscar el puente,
quizá nunca lo hubo.

No sé qué decir,
acaso te convoco sin saber
adónde.

No importa,
haré una ceremonia incorrecta
mirando la luna.

Pregunto a tu parte oscura
si es cierto
que desayunamos juntos.

El tiempo pasa,
no hay aniversarios.
La vida gira
bruscamente,
yo no vi la señal.
Ya no sé si es mejor
perder lo que se debe
para encontrar,
antes me dije estas cosas
pero estoy cansada.
¿No hay nada que decir?
No hay nada que hacer
para desanudar las almas que se aferran
a otras almas anudadas
a otras almas.
¿No hay parte en el amor
que guarde algún recuerdo?
de la luz
sobre la contingencia.
Acaso es un torrente
continuo
y precisamente
por eso.
Ya no sé quién sos.
No pudimos despedirnos
de los muertos.
Así sin inhumar
el cuerpo de este amor
enterrará el próximo amor.
Como fui yo el cordero

bajo el mismo puñal
que habías recibido.
Ahora soy quien pregunta
al río:
el amor es un torrente
continuo
pero estamos fijos en el horror
de no permanecer.
Hasta el fuego
necesita adherencia,
sólo la noche existe
aunque nadie la mire.
Acaso el puente para dejar
en claro:
cada uno ocupa un sitio
diferente.
No era necesario,
siempre estamos solos,
siempre está a la vista.
No te pedía el alma
por un pacto,
ya no hay pactos,
“es la estrategia del demonio
hacer creer que ya no existe”.
Ya no sé si creer
en las palabras,
es la noche de Tanabata
y no lo sabés,
no leímos los mismos libros.
No sé el lugar

que no conozco,
no hay corazón tan sabio
ni vocación de tenerlo
ni quien
indique el camino.
No hay caminos,
es el momento para inventar
liturgias,
construir un gesto,
un filme o un río
para los separados eternamente.
Eternamente despidiéndose
de sí mismos.
Reconstruirse en el dolor
es otro dolor:
que lo desee
no hará que exista.
Preparo café,
ya no puedo sentir más frío
por hoy,
por este año.
Todo ha sido
una actuación en el vacío,
algo se quiebra
para instaurar.
En todo viaje, la ausencia
o volver,
se mueve el paisaje.
De todos modos el río
está cegado aquí,

tiene una sola orilla
y cada vez
se es más inteligente.
Quiero decir más triste.
Ahora sé
que está cayendo la noche
de Tanabata
como una noche
más.

de Matar un animal
Susana Villalba

La pantera

Matar al animal
requiere un animal
sin sombra.
Vas caminando por un monte
o te parece, no sabés dónde estás;
creés que lo sabías
cuando llegaste.
Ese negro
bien puede ser una pantera
o mujer,
no te das cuenta.
La mirada salvaje te gusta,
no, te calienta.

No, te mira
como quien no comprende
dónde está.
Ya estás perdida,
tendrías que llevarla a tu casa
pero sabés cómo termina:
un animal herido
siempre ataca.
Tendrías que matarla,
ahora,
antes de que sea tarde
o por piedad.
Pero esa mirada es una trampa,
si es pantera
sabe matar mejor
que vos.
Nadie sabe tu nombre
aquí
y ahora él
o mujer te da la espalda.
Pensás en un Remington
liviano
de distancia corta.
Pero nadie escucharía,
Red Hot los distrae,
a vos también.
Y no se mata por la espalda,
lo viste en las películas
o creés en eso.
Matar

es otra cosa.
Ahora te mira y ya sabés,
vas a llevarla a tu casa.
Está tocado por la gracia,
está a la vista
o vos lo ves, no estás segura,
o tiene algo
que creés comprender.
Y sin embargo
sabés cómo termina:
no sabés cómo
te hirió si te quería.
No querés acercarte,
te mira como miran los gatos
cerrando los ojos.
Se apoya en la barra
frente a vos,
los dos están perdidos.
Pensás en el Remington,
nunca tuviste uno.
Matar es otra cosa.
Nadie parece comprenderlo,
el negro tampoco pero ve
que tenés un cigarrillo
en la mano
y otro ardiendo
en el cenicero;
se acerca y lo fuma.
Estás perdida,
creés saber cómo termina

y volvés a equivocarte,
apaga el cigarrillo
y se va.
Ahora nadie
se parece a tu deseo.
Y es que no se parecía.
Una pantera perdida
en su memoria
o forma de mirar
o lo que fuera
que no vas a saber.
Tomás un taxi pensando
demasiada belleza no es el móvil,
es la coartada.
Para matar a una pantera
hay que cerrar los ojos.

de Matar un animal
Susana Villalba

La piedra

sostener en silencio
como amar
es un arte

¿existiría el mar
si no lo contuviera?

me derrota
algo intangible
como el agua

su transparencia

¿si no me enfrentara
existiría el mar?

soñar sin perderse
es un arte

a veces una roca
se estremece contra la orilla
perdida
hasta lo irreductible
se amalgama

amar es eso
y te sorprende
un filón de topacio
en el porfirio

entonces qué creías
que es el oro
sino la cicatriz

es infinita
la ruptura

los bordes
son difusos

todo es fragmento
polvo del sentido
de las piedras

si mi amor es eterno
también la soledad

incorruptible

gravitando en el espacio
de la separación

sostenida de mí

no estoy quieta
todo me atrae por igual

el cielo es una pampa

el imán de la estrella
es su distancia

soy intrínseca

el arte de estar
quieta
es dar el corazón
al movimiento

silba el viento
un eco
de lo que ya anunciaba
mi desprendimiento

¿cantaría el agua
si no me atravesara?

agazapada en mí
espero
otro momento de la tierra:

una temperatura del amor
que funda hasta las piedras

De La bestia ser
Susana Villaba

El perro

toda la noche
seguí el rastro
de la luna

nunca llegué

seguí su olor
como una huella
hacia mi corazón

la jauría de estrellas
también está dispersa

la luna
otro animal abandonado

un milagro perdido
una bengala errante

el amor
deja sus náufragos

en una noche inmensa
como el mar

sigo un rastro
conozco lo que huye

por lo que abandona

los pájaros
huelen a cielo

de lejos
como un amor callado
la luna me cobija

escucho el rolido
de la noche
contra su orilla

un mar de cenizas
me arrulla
un alma de silencio
y claridad

en la luna hay un perro
aullándole a la tierra

sigo un rastro
como si fuera yo
después
más allá
gravitando la luna
como mi corazón
alrededor del árbol
también me engaña

una lámpara
cuando la soledad
es oscura

sigo por seguir
historias
cifradas en olores

camino soñando
con la luna

una pradera blanca

no encuentro pared
ni persona
que me cierre
el paso

un calor blanco
y la arena
translúcida

la piedra es de agua
y las mariposas
soñar es ser
en la luz
vernos como la luna
nos ve
cuando está oscura

la llamo
salto, le aúllo

en la luna hay un árbol
y me mira

el universo parece
en calma
porque todo se mueve
acompasado

aúllo
le aúllo a la estrella

en la oscuridad
escucho su aullido
infinito

desesperado

quería ser un perro
de la luna
allí duermen seguros
y abrigados

amados
los perros de la luna
son árboles enamorados
de ser
y de alumbrar

salto
salto
salto
la luna está lejos

la tierra
demasiado cerca

en medio los pájaros
el aire los ama

una corriente
ingrácida los alza
sin esfuerzo

los sostiene
en la orilla donde ser
no es caer

si iba a caer en la trampa
del mundo
hubiera preferido
a la manera de la lluvia

la noche es un baldío
y no hay refugio

llovió
la noche entera

formando un lago
donde flotaban latas
y jeringas

otro árbol
con raíz en la luna
centelleaba en el agua

nubes turbias
entre botellas hundidas

otra alambrada
blanda
móvil
para poder atravesarla
me sumergí

cuando trepaba a la luna
la hundía

el cielo y su azogue
de barro

después las ranas
los grillos
estridentes

me uní a la plegaria
desaforada
llamamos

llamamos
llamamos toda la noche

sólo llegó
otro amanecer

¿existe otro modo
de ser libre
que quedarse solo?

como mariposas
las hojas amarillas
revolotean

salto
corro
hasta alcanzarlas

paso la lengua
por su papel áspero
siento el mensaje
del árbol:

enamorarse es caer
y que parezca un vuelo

De La bestia ser
Susana Villaba

Sé que mi petición es precipitada

yo

yo y mí

yo y mi cuerpo fuimos a esa fiesta

yo bailé

hermoso rico y poderoso rozaba mi cuerpo

mi betty boop mi reina mi descalza

mi nombre es yonimeri yo también

fuego furia ¿fumás? fuimos a su casa

estás mojada no sé no hemos sido presentados

sumergidos suma de noches estera estambres estaba aterrori-
zada

profeta centinela sentí un automóvil rojo rubio el tabaco

su espalda fuerte trepaba mi caída infinitos funestos cafés

piedras para dormir me acompañaba a casa y olvidé decírselo

las palabras son monedas clavadas a la tierra

historias de susy siempre lo he sabido

cómo explicarte hubiese cupido calendario

perdida en los andenes al día siguiente mi cuerpo caía

de un piso 29

olvidé decirle que siempre nadie y yo nunca los amores cobardes

lloraba no llegan porque los hombres etcétera

él era despiadado todo un hombre quemado de belleza

mi cuerpo gemía como un gato y lo envidié pero yo nunca

me meto en sus asuntos

dijo tu piel mi nena dame no sé qué cosa qué llave del infierno

yo hubiese declarado desplegado y estrenado un novio

hubiese dicho a mis amigas entrado en cualquier bar

hubiese hubiese vino que me matara

habráse visto tan chiquita y calentando bancos en la plaza
ay corazón si te fueras de madre
siempre la pena entre la pena y la nada
mi cuerpo roto pegado a lo sumido curioso rito de cucharas en
la mesa
sobre la mesa en la ducha él era el agua y me frotaba belladonna
dame en el centro de lo que siempre habla el espejo la sombra
del deseo era lacan sentado en mi escritorio
ah para su estudio oh para su análisis acabar era ver
mi cuerpo demasiado tarde dónde estuviste le decía
ay si supieras corazón ser látigo y dormir

De Susy secretos del corazón
Susana Villalba

— *Instrumento* (Técnica mixta, 2024).
Kirin



Informes

Cosas concretas

El paso por la Universidad implica una experiencia de aprendizaje lento, continuo y compartido en el espacio del aula. Pero su consumación se vuelve más notable al observar los trabajos de tesis que cierran una etapa con la materialización de un proyecto.

En esta sección de *Aquilea* presentamos a los lectores y lectoras de la revista tres ejemplos de esa etapa conclusiva, introducidos por María Negroni, profesora y directora de la Maestría en Escritura Creativa.

Tres ejemplos

por María Negroni

Los textos que se reproducen más abajo pertenecen a tres de los graduados de la cohorte 2023 de la Maestría en Escritura Creativa.

La publicación incluye una selección de textos leídos en la defensa de tesis realizada a fines de 2025.

En esta oportunidad los miembros del comité de tesis: Julián Gorodischer, Iosi Havilio y Virginia Cosin, dijeron:

Sobre la tesis de Alejandro Moreno:

"Una voz poética calibrada y con vuelo lírico en un contexto que explora un registro narrativo."

Sobre la tesis de Micaela Szyniak:

"Un camino que se enrosca, se vuelve sobre sí mismo, es cómplice y antagonista del hablante, lo convierte en otro yo emancipado."

Sobre la tesis de Santiago Nader:

"Tensiones devenidas en desencuentros y soledades, que oscilan entre la comedia romántica y el drama del aislamiento emocional de un tiempo hiper tecnologizado".

Poemas

por Alejandro Moreno

Anatomía

Este es un problema de límites.
Señala dónde acaba un dedo
y empiezan las palabras.
Dónde la lengua
el sonido.

Dime si el cuero, si la orina, la saliva
si la imagen en la sábana
ese sudario tibio
no te devuelve la mirada.

Dime si la forma de esa nube
hinchada de luz
no tiene un hueso húmero
roto, un párpado, un fuego.

Mírate allá, con tanto daño
cuenco de mar y jardín turbio.
Todos los músculos mal puestos.

Fíjate en la distancia del latido
y los centímetros
que la respiración extiende.

En el laberinto de la oreja,
en las cavidades y fisuras,
las bóvedas vacías
en las que va creciendo el hambre.

Dónde estás si no es ahí
donde te falta el cuerpo.

Gravedad

Hay que estar erguido
para que se acomode el vértigo
que nos perfora desde adentro.

La lluvia despeja
la fiebre de los bordes
el horror que se adelanta y crea al golpe:

es posible ser líquido y ligero
sostener durante kilómetros de aire
una voluntad vertical.

La percusión del agua contra el mundo
dicta esta ley
que cada cuerpo reconoce:

las cosas ya están rotas
antes de caer.

Geología

Homenaje a Dylan Thomas

Una parte de mí todavía recuerda
el dolor de las montañas
los espasmos de la tierra.

Duele todavía el mar,
la violenta lentitud
con que su semilla
nos germinó en los ojos.

Y todo el caldo de algas y de arena
ese mareo líquido
que aún define
el pulso en las arterias.

II

Estamos en los sedimentos de la tierra
pero algún día alguien creará el mundo
corregirá sus capas temblorosas
devastadoras como un corazón.

Mientras tanto, recordemos.
Sepamos apreciar el derroche
de la materia en estado de crisis.

Estos frutos generosos del vacío
la ansiedad de los volcanes y los ríos

derramados para que las colinas florezcan
y las piedras como muslos florezcan
y los pétalos de las mariposas florezcan

y todas las formas florezcan y florezcan
solo para que tengamos
un lugar donde morir.

Simetría

El mundo está sembrado con espejos
a ninguna cosa
se le niega su hermandad.

En las curvas de la serpiente fluye el río
en el corazón está el tubérculo
y el reflejo del amanecer en los inciensos.

En los cristales dispersos
se aparece una tormenta
de millones de mitades.

Un ejercicio de abundancia y equilibrio
suficientemente oculto
para que la realidad no muera de belleza.

Un fragmento de este oficio y un poema

por Micaela Szyniak

22

Mientras escribo el prólogo me junto con mi amigo Pato Foglia, un poeta porteño que en su momento me ayudó a insertarme. Me hizo de contacto para publicar mi libro anterior con la editorial que lo publicaba a él, me puso a coordinar equipos de un festival de poesía internacional. Le cuento a Pato sobre los proyectos, el poemario rechazado por Gog y Magog.

Estamos también en un café. Mi amigo, como todo buen político, siempre sabe decir algo que le dé sentido a ser poetas. Algo que nos sitúe en una coordenada. Que es un favor ese rechazo y que necesito dejar reposar ese libro, aunque sea algunos meses. Tengo que preguntarme seriamente por qué quiero publicar con tanta urgencia. Tendría que empezar a responder por el principio de este prólogo: en una vida hay momentos que no avanzan. Tengo muy presente, últimamente, un sintagma, una idea: vidas truncas. Serían las vidas torcidas, débiles de una generación. Vidas que no llegan a destino. La fantasía de que una legitimidad exterior podía calmar ese sintagma ardiendo. Pero qué podría calmar publicar un libro de poesía. Qué cosa podría calmar en este mundo un libro de poesía más, en un stand más, en un centro cultural más, con unos versos más.

★

Nunca me interesó acercarme al horizonte, pero sí quería estar cerca de la estufa

no te acerques tanto me decía mi mamá o era mi papá
que volvían de trabajar para la cena, cenábamos en una
mesa octogonal

teníamos un living en que lamíamos las puntas de los
icebergs

una televisión que se podía mirar solo dos horas
con un buzo gris canguro, con la mano en el bolsillo
aprendí a cortar los tiempos a sumar y a dividir

Vivíamos en una casa grande en que mi padre construyó
un cuarto en la terraza para no enloquecer

un cuarto azul en la terraza, un cuarto propio

y dijo “aquí pondré mi estudio”,

entonces me enseñó a hacer un fuerte, rodear de libros
las paredes

Vivíamos en una casa amarilla grafiteada

un día él los encontró con aerosoles en las manos

¿Quieren que llame a la policía? Así los ahuyentó

como mi madre me ahuyentaba “¿quieres que llame a tu
papá?”

“voy a llamar a tu papá”

Sé que ella quería decirme: hay un orden por encima
pero también decía algo por lo bajo

decía que un padre no es fácil de tener

Vivíamos en una casa en una esquina, primero se fue mi
hermana mayor

a ser exitosa en el reino de los novios y la ciencia

A los que siempre tuvo, novios locos, novios buenos,
compañeros de control,
máquinas de devorarla, novios antropólogos,
con los que compartió el agujero negro
novios padres de sus hijos
Vivíamos en una casa hipotecada, en una apuesta que
había que ganar
y yo tenía dos colitas, un uniforme amarillo de dibujos
animados
un pájaro amarillo
Yo me arrastraba por los bordes de una habitación
yo me arrastraba tras las rejas gritando “déjenme salir”
aunque la puerta estaba abierta
las palabras de mis padres, más fuertes que una llave
mientras la familia cenaba en una mesa octogonal
Una vez él me dijo “cuando uno pierde tres veces
tiene que irse del casino”
Pero yo vi cómo apostaron por esa pareja de viento
cómo se aplastaron tras paredes amarillas
Él cuenta que yo le pedía siempre otra paradoja
quién corta la barba del barbero
quién da su vida por tener donde vivir
Teníamos una pileta de plástico
dos hermanas nadábamos en círculos
antiparras, aunque el agua apenas nos cubriera las cin-
turas
un jardín que crecía en los canteros
Vivíamos en una casa que mi madre odiaba por enorme,
que mi padre odiaba por repleta

ningún cuarto es suficiente cuando un hombre quiere
soledad

pero en vez tiene familia,
cuando un hombre quiere una familia, pero en vez tiene
soledad

Ese es mi padre, hacía asado los domingos
me cantó en ídish cuando nací
una enfermera me puso en sus brazos
y él me dijo que estábamos en Argentina
ahora mismo es que le escribo “¿cómo había sido que
nací?”

Teníamos una casa más abajo que la tierra
un sótano marrón al que llegar, escalera que se abre
Quedamos dos hermanas en un cuarto con estantes
ella, mayor que yo, traía un miedo sin final
entonces aprendí a compartir la luz prendida
no podía ir peleada hacia los sueños “los hermanos sean
unidos

esa es la ley” tres hermanas, tres fantasmas deambulando
por la casa

unidas por la ley. A veces siento que todavía estoy en ese
cuarto

son los pasos de mi madre
que se acerca a espiar si el orden de los astros sigue cum-
pliéndose esta noche

Antes de escribir poemas
cuenta mi padre yo pedía “decime otra policía”
hay un desacierto, un orden imposible, una sílaba dis-
tinta

en el origen de la palabra poesía hay un padre que se ríe
del lenguaje

una madre que me trae un refrán nuevo “siempre que
llovió”

mi padre prende el fuego en un patio hipotecado y yo
me siento a hacerle compañía

plástico blanco bajo el atardecer

él quiere contarme otro fallido, “eran las once y diez de
la mañana”.

Un milagro de concentración

por Santiago Nader

Y, mientras todo vuela en pedazos, mientras le damos nueve o diez horas a obligaciones que no deseamos y que estructuran nuestra rutina, mientras el mundo se vacía de pensamiento y de lenguaje, mientras las redes que construimos se nos destejan a paso firme y aterrador, treinta personas con las vivencias más variopintas se reúnen presencialmente (¡en el siglo XXI!) a compartir su mayor riqueza, que es su obra en estado vivo, y a conocer la del compañero.

Sí: mientras todo vuela en pedazos, nos juntamos cada martes, cada jueves, a escuchar, expandir y acompañar nuestros proyectos de escritura alimentándolos de otros. En el pasado, darle valor a la sola idea de la reunión nos hubiera resultado edulcorada, redundante. Pero ante un cambio de paradigma de este tamaño, pensar con alguien cobra otro peso. Reunirse era la plataforma; el primer paso para algo más. En un presente violento y cruel, en donde todo se ha diseñado para quitarnos la identidad, la mera idea de la reunión es más bien el *quid*.

Se imprime, así, un espacio íntimo, fundado en la generosidad. En poner con el otro en común un mecanismo similar para sobrevivir. Al fin y al cabo, es el deseo de hacer preguntas alrededor de lo que escribimos lo que nos une; es el intento de darle vuelo a esas preguntas y de avanzar hacia la incerteza, una vez más, pero acompañados. Saber que existe cierto lugar donde compartir nuestras escrituras (socializarlas, ponerlas

cerca, lejos de otras, contraponerlas, interpelarlas) se vuelve un lujo que no podemos subestimar.

Nos han forzado a idiotizarnos; volvernos islas. A mantenernos replegaditos. Y consumimos horas y horas de contenidos espeluznantes sin pestañear. Todo está dado para caer en la distracción, la desconexión, la frivolidad. En su contexto, la maestría viró un refugio ante la desidia. Un intervalo donde escribir no fuera imposible; donde escribir no fuera un desierto de soledad y de indefensión.

Es inasible escribir, a veces. Porque escribir es cobrar conciencia (aún si lo hacemos para evadirnos; para poner una suspensión a la realidad). Cuando escribimos, nos guarecemos en una zona de nuestra mente a la que no tiene acceso nadie. Nos enfrentamos al escondite más subjetivo. Para ingresar a esa dimensión, hay que estar despiertos. Es necesario no distraerse. El desafío mayor es ese: poner genuina atención a algo en plena era de aturdimiento; desmalezando entre bombardeos de información para encontrarnos, de forma extática, con una idea, un oasis transitorio de lucidez, una profundidad espontánea que se deje capturar. Un milagro de concentración.

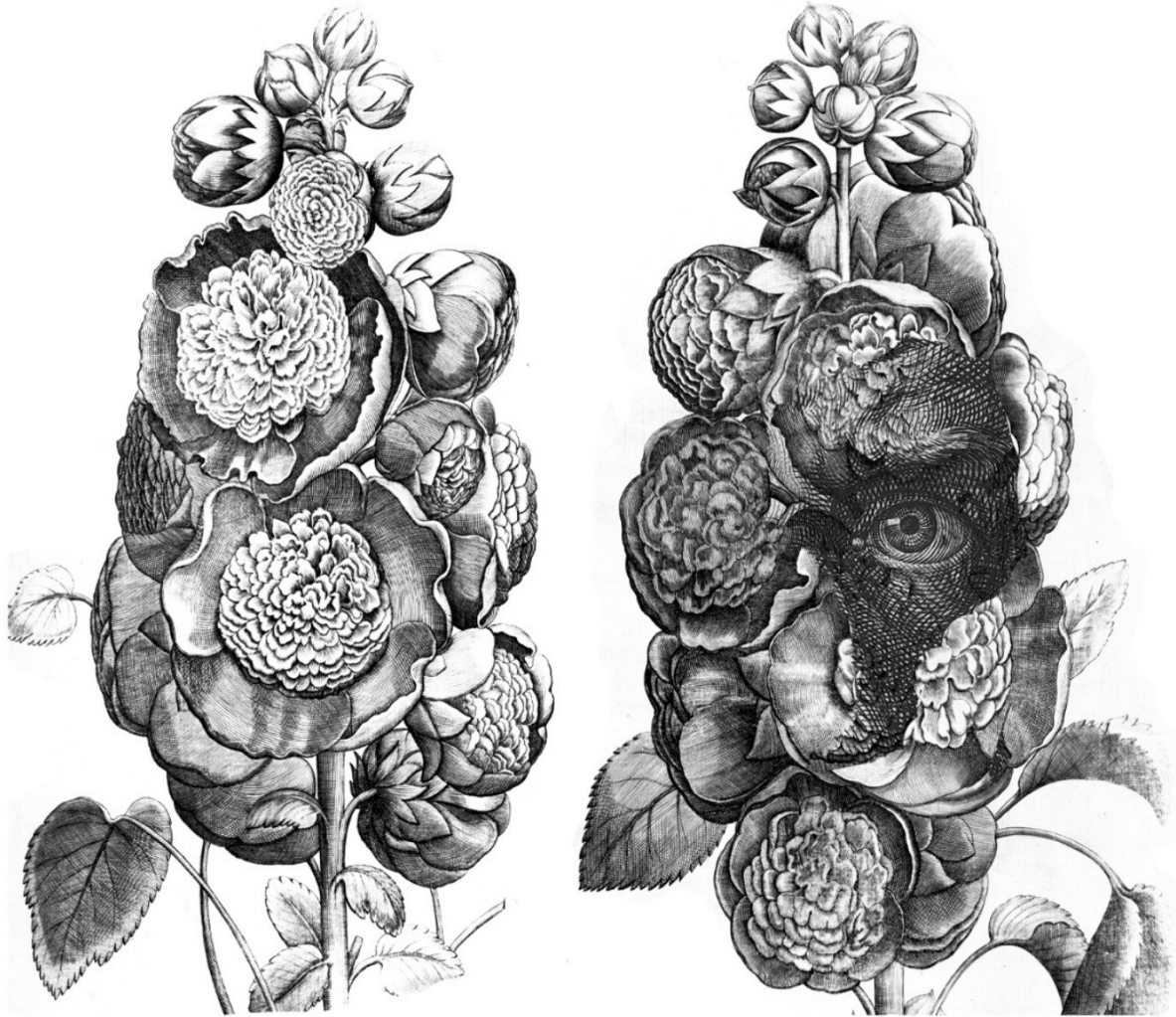
Con la energía fugada en tantas, tantas pestañas; sin tiempo, sin recursos, con la autoestima deteriorada, con mil problemas del cotidiano y con un trabajo enajenado que nos aplasta (sea cual sea el disfraz que adopte), escribir se vuelve un hábito o un ancla que solíamos tener y, tristemente, hemos perdido. Una disputa por el sentido que abandonamos. Un ejercicio de deserción que acarrea culpa, autoencubrimiento, desilusión. No colaboran: la droga, el FOMO, los ideales inalcanzables. Según parece, es demasiada la hostilidad para no

evadirse. Es demasiado grande el vacío, así que sólo queda llenarlo con lo que quepa dentro de él: ruido, consumos, compañía transitoria, dopamina instantánea.

Una carrera contra la distracción; una carrera contra la alienación; una carrera contra la pantalla (aquella misma que utilizamos para escribir). Una carrera contra la ausencia, aventurando que es necesario estar despiertos para expresar, para involucrarnos. Si las preguntas de la escritura son tan enormes, que ni siquiera caben la vida. Si, para hacernos ciertas preguntas en la escritura, también tenemos que preguntarnos (con el menor miedo que podamos) quiénes somos, de dónde venimos y, más o menos, a dónde vamos.

Y en el minuto ese, remanente, en que olvidamos lo restrictivo y aterrador de un contexto así, elaboramos un suspiro, y nos sentamos y ya. Escribimos. O lo intentamos. Con las últimas neuronas en la mesa, escuchamos más o menos lo que somos, qué pensamos o sentimos, qué nos gusta o en qué cosas hay vitalidad. Nos encontramos con decisiones que ya tomamos en la escritura, alguna vez. Y revisamos esas pulsiones a las que sí hemos hecho caso; a todo aquello que decidimos dejar afuera para contar lo que sí contamos. Intentamos acercarnos, torpemente, a la presencia. Y los planetas (algo) se encuadran.

Aunque a veces se nos olvide, cuando escribimos tomamos aire.



— *Sin título* (Collage digital, 2022).
Kirin

Textos de estudiantes (Maestría)

La ficción en escena

En esta sección de *Aquilea* reunimos algunos de los resultados de trabajos literarios producidos en el marco de dos de los seminarios de la Maestría en Escritura Creativa. El primero de ellos es el dictado por la profesora Gabriela Franco bajo el título “Modalidades y técnicas de la poesía”. Los textos aquí seleccionados dan cuenta de un sostenido y riguroso trabajo sobre los procedimientos composicionales orientados a la conformación del ritmo poético.

El ritmo es todo

por Gabriela Franco

“A tientas, el ritmo es todo”, dice Mirta Rosenberg y señala así un camino posible para entrar al poema. La cadencia implica sucesión: la presencia de al menos dos sonidos —un diálogo— avanzando en el tiempo y en el espacio. Un redoble de tambor. Pura materia que late. El ritmo es el corazón.

El oído atento —a tientas— a ese compás nos prepara para percibir la propagación del sentido de la palabra poética. Un pequeño Aleph que expande su influjo con alcances inesperados, acaso innumerables. El corte de verso, el encabalgamiento, la espacialidad, la rima o la repetición son algunas de las formas en las que esa vacilación entre el sonido y el sentido que observó Paul Valéry se ofrece con mayor evidencia para hacer hablar al lenguaje. Un desajuste entre la serie rítmica y la gramática, que también han realzado como principio constructivo del poema Iuri Tinianov o Giorgio Agamben en sus ensayos, y que quizá sea cercano a lo que las poetas a su vez han nombrado como “torsión” (Irene Gruss), “desvío” (María Malusardi), “desobediencia” (Claudia Masin) o “indocilidad” (María Negroni).

Conscientes de que somos un diálogo —como enseñó Hölderlin—, estas y otras voces fueron convocadas en el Seminario de Poesía y propiciaron el movimiento indisciplinado con el que se inicia la escritura de cada poema. A continuación, presentamos una selección de las producciones surgidas en ese espacio, como una breve muestra de la vasta efervescencia de la creación a la que tuvimos la dicha de asistir.

Los inútiles

por Marina Califano

“Avisé cuando haiga alguien”
cuando haya alguien que haga
alguien haya que haga
haya quien haga
(seguro, alguien con alguien más).

Perdón, acá no hay nadie que sepa
insuflar el frío que sostiene
el calor que acurruca
desate una corriente
remede en los parches un hogar

sólo hay un par que se esmera
en desordenar *las jerarquías*
de los acontecimientos,
que con paciencia repiten
para *sondear alguna manera de ser de lo real*
y ni siquiera logran
condensar con tanta elegancia

como mucho,
si cambian una lamparita.

Reverse cultural shock

por Matías Mendez

¿Estuve? Estuve.

Allá, donde la tierra se pliega y las cosas

cambian de a poco: las flores amarillas
se abren a la mañana y se cierran

a la noche. Donde los residentes
vieron el verde menos verde

hasta volver a la saturación. ¿Alguna vez,
viejos habitantes, se prepararon

para subir la montaña
como un pasajero se prepara

para subir a una nave? ¿Como yo despertaron
junto a alguien y se levantaron en el amanecer

frío y húmedo para preparar agua
con limón y jengibre? Dibujo el plano

de mi casa en el sur. ¿Escuchan el trazo
del lápiz? ¿Me podrán escuchar

cuando me suelte del racimo

como la granada que cae del otro lado

de la casa en el Albaicín? Fui abducido
pero al revés, que es lo mismo que decir:

confié en que la tierra fuera fértil, caí
lejos del árbol, que es decir:

la fe es la búsqueda de la fe.

Carta al amado

por Malena Saito

No es que muerdo la mano
ni que escupo lo que me dan
no es que juego con los dientes
y lastimo
al que está
del otro lado del río
no es que si te subo a mi lomo
te hundo
aunque las fábulas existen
por algo hay destinos que no
se tuercen
cuando te acercás
me empiezo a alejar
es algo que me enseñaron
un instinto
lo primero que tragué
estaba envenenado
todavía en la saliva
hay
algunos rastros
notas sutiles
amargas
pero por lo demás soy
afable
un animal

que bajo el sol
reposa
y olvida.

Barrido

por Emilio Rombulá

junta con la escoba
del piso en la cocina
migas de galleta
tan pequeñas algunas
que se escurren indolentes
entre las cerdas

de izquierda a derecha ensaya
ancestrales técnicas de barrido
en su cocina de muebles
blancos paredes blancas
blanco mármol y en el techo
la claraboya:
una puerta al cielo

al fin las atrapa y
arrea hacia la pala pero
son tan finas las migas
que remanece una línea
recta adherida al suelo

bajo la claraboya vidriada
a tientas insiste:
arrea las migas forma la línea
mueve la pala arrea las migas

forma la línea mueve la pala
arrea las migas forma la línea
el ritmo es todo

técnica de barrido milenaria
en blancos círculos arreando
se pregunta si la vida siempre
no habrá sido abrir un paquete
de galletitas y que vengan rotas

Ritmo

por Magdalena Girardi

Un padre juega
pica
entre los dedos de la hija
la punta de un cuchillo
marca un
ritmo

Un padre
no falla
puntúa
triángulos

del filo se queja
la madre
del filo se alimenta
la hija
del brillo
Un padre

tan veloz
que un día
yerra

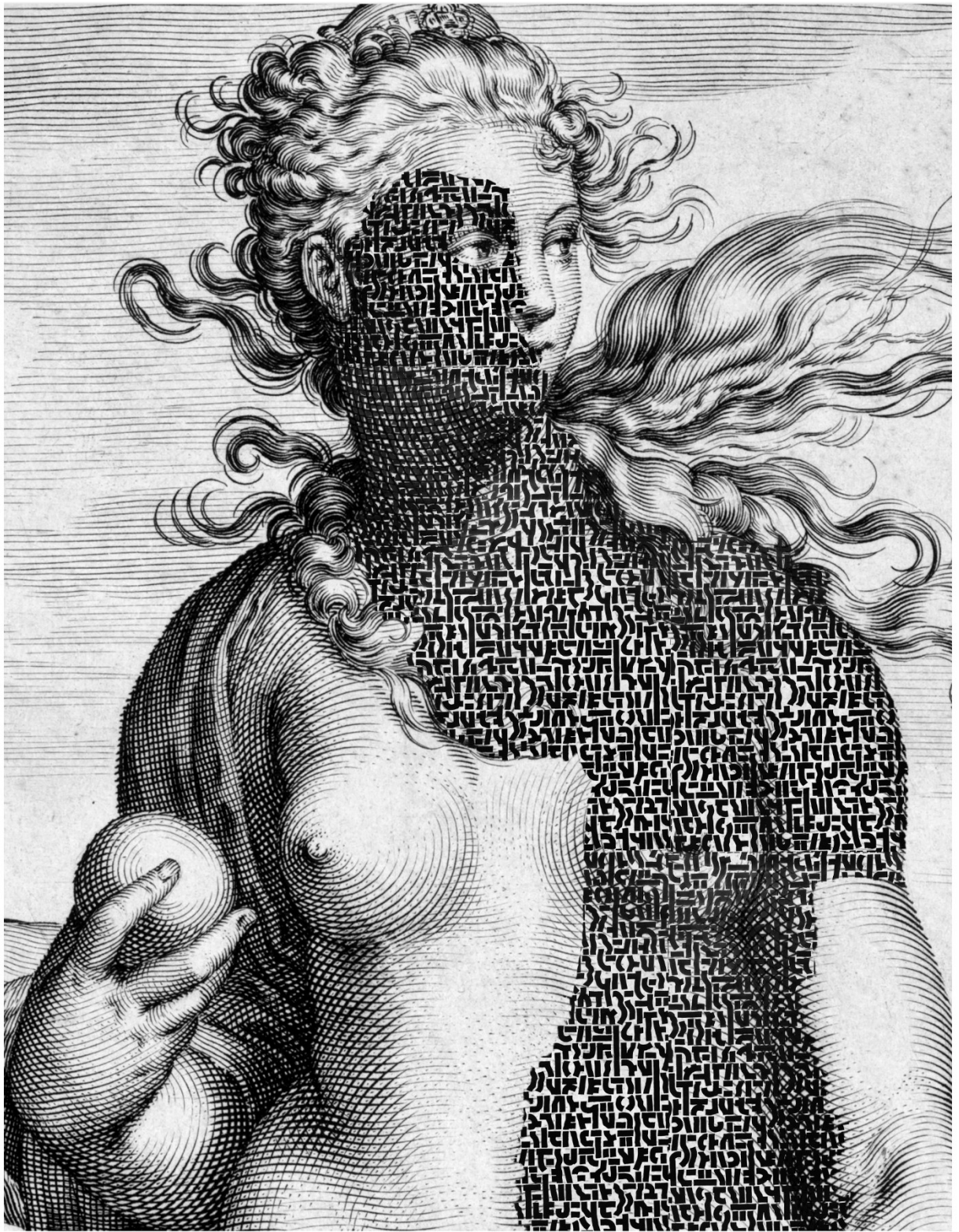
Un padre
se desinfla

en un instante
surca
una hija

Lejos de casa

por Guadalupe Muro

cómo estás piraña mi madre
muy bien le digo mordida
no le cuento ni jamás lo haría
que callo mi canto trago saliva
por no molestar meo en un balde
robo manzanas fumo a escondidas
me siento en la plaza a llorar la hora
en que todo es perritos y alegría.



— Sin título (Collage digital, 2024).
Kirin

Textos de estudiantes (Diplomatura)

Presencias reales

Leer y escribir son prácticas sostenidas sobre el pretexto de una formación ética y poética. Julián Gorodischer guía su enseñanza en la Diplomatura en Escritura Creativa bajo la convicción de que la lectura abre a cada paso novedosas dimensiones de sentido. Los trabajos de Elian Faiman y Sol Reali lo confirman poéticamente.

Una voz que ya no escribe sola

por Julián Gorodischer

La escritura suele imaginarse como un acto solitario: alguien frente a una página, aislado del mundo, buscando una voz propia. Pero los textos reunidos en estas páginas cuentan otra cosa. Revelan que, muchas veces, una voz aparece recién cuando encuentra quién la escuche. Que escribir también puede ser una forma de pertenecer.

Eso atraviesa profundamente la experiencia del Diplomado en Escritura Creativa de UNTREF: no solamente el aprendizaje técnico —que lo hubo, y mucho— sino la construcción gradual de una comunidad de lectura, de confianza y de reconocimiento mutuo. Un espacio donde la literatura dejó de ser una fantasía privada, un archivo perdido en Word o una intuición silenciosa, para convertirse en conversación, discusión, humor, obsesión compartida y presencia real frente a otros.

Hay algo especialmente vital en las escrituras que aparecen aquí: el modo en que se animan a exponerse. Los textos hablan del desarraigo, de venir “del interior”, de las identidades desplazadas, del deseo, de la fragilidad, de la incomodidad y de la necesidad profunda de encontrar un lenguaje propio. Pero también narran algo menos evidente y quizás más importante: el nacimiento de un “nosotros”.

Ese “nosotros” aparece incluso en los márgenes. En el grupo de WhatsApp convertido en bitácora afectiva del curso. En las discusiones sobre poesía, humor, cancelación o patriarcado. En las clases grabadas y los apuntes compartidos. En la ansiedad frente a las devoluciones, en las consignas que desconcertaban, en los

códigos internos que empezaron como chiste y terminaron funcionando como una lengua común. Lo literario, acá, no ocurrió solamente en los textos finales: ocurrió también en la conversación permanente que los hizo posibles.

Y si algo vuelve especialmente potente a este conjunto es la diversidad de voces que esa comunidad logró sostener. Hay escrituras atravesadas por el humor, la memoria y la pertenencia territorial; otras avanzan hacia zonas más incómodas, donde la identidad, el cuerpo y el deseo aparecen sin demasiados resguardos ni voluntad de agradar. Pero todas comparten una misma decisión: abandonar, aunque sea por momentos, la pose defensiva con la que tantas veces se escribe para empezar a hacerlo desde un lugar más vulnerable, más arriesgado y también más verdadero.

Pocas cosas resultan tan estimulantes como asistir a ese instante en que alguien deja de escribir únicamente para sí mismo y empieza a hacerlo con conciencia de lector. Cuando entiende que la literatura no consiste solamente en expresarse, sino también en producir un efecto en otro: conmover, incomodar, divertir, interpelar o dejar una marca.

Tal vez por eso estos textos producen una sensación extraña y conmovedora: la de asistir simultáneamente a un cierre y a un comienzo. Registran el final de una etapa intensa, atravesada por vínculos y descubrimientos, pero también dejan abierta una compuerta difícil de clausurar. Porque cuando alguien encuentra finalmente una voz y, además, encuentra quién la espere, algo cambia para siempre.

Para ellos, el Diplomado ya pasó. Queda la literatura. Y queda, sobre todo, la certeza de que ese “nosotros” construido en la escritura se resiste a convertirse en recuerdo. Sigue ahí: vivo, presente, escribiéndose.

Natural match

por Elían Faiman

Se parece a mi abuelo aunque tenga la edad de mi padre. La piel traslúcida bajo la joguina, remera de mangas largas, viejas, gastadas; revolea entre los dedos su flacura huesuda; blanco el poco pelo crecido tras la rapada y largo el que asoma de la espalda por el cuello bote. Un aura de ecuanimidad yogui esconde su falta de sentido del humor. Apenas sonríe, quizás oculte sus dientes amarillos. Entre mate y mate busco el vaso medio lleno. Que parezca calmo y su búsqueda espiritual —la que lo trajo a vivir la naturaleza y *manifestar* su casa de duende— me alivia la adrenalina de que pueda asesinarme (¡ah! aviso que llegué bien). Que se le agranden las pupilas. Que esté siempre conectado en Grinder y haya visto mi foto *leather* en el perfil y el suyo diga activo. Elijo creer que detrás de este amo de casa se rebelará un morboso experimentado (sacarle "de casa", que quede amo, sin amor). Siguiendo: que la conversación somnífera acerca del reiki que lo curó del todo de todo y lo transformó en un ser de luz vire hacia otra lo suficientemente puerca y picante que pueda curarme a mí.

Su casacabaña del monte está ordenadísima. Cosa de —algunos— putos, una forma de higienismo moral impuesto en la más tierna infancia homosexual: el pequeño trolo ha de entender esa exigencia de ser otra cosa que le viene de afuera con una literalidad espeluznante propia de su edad y allá él, o ella, obediente mariquita por siempre buscando ser amada, todo limpito y guardado, nada que nos haga pensar en el desorden anal. Digno trolo: el mantra de la simpleza, no se necesita más. Cinco por cinco es suficiente para una mesada que hace de cocina, una discreta y

plástica canilla y bacha, la heladera heredada de los sesenta y un anafe eléctrico que no consume tanto y soluciona todas las comidas y la pava que pone de nuevo para tomar más y más mate (¿cuánto más? ya se terminaron las galletas caseras sin gluten con gusto a copo de nieve). La mesa que compartimos está al lado de la salamandra y la cama de dos plazas; hasta tiene una mesita de luz y un póster del Om como pieza de arte. Afuera hace un re frío de invierno pero el puto tiene la casa caliente y en remera tengo calor. Será la temperatura buscada para que nos saquemos la ropa (¿pronto?). Al menos ese indicio me consuela; en algún momento dejaremos de hablar.

Me paro pícaro hacia la cama. ¿Cómo te va en Grinder acá? Dos amantes fijos, cada tanto alguien nuevo como vos. Me sigue. ¿Y te cumplen los morbos? Pregunto porque quiero ir hacia allá, ya: vayamos resolviendo. Una vez me pagaron pero me sentí vacío. No me calienta, pero que se preste a cumplir las fantasías ajenas me da esperanza. Me acerco más y su actitud corporal cambia, la remada da frutos. Quiere saber si yo alguna vez me cogí a un tipo así. Sospecho: ¿asume que me cogí a alguien con mi supuestapija de carne? Aclara que es activo pero voy a corroborar: ¿estuviste con otros tipos trans? Me cuenta la historia de un *muchacho* que usaba tacos *en privado*. No le calienta eso, pero era muy masculino. Repito mi pregunta. Dice que leyó mi perfil pero esperá, **¿qué tenés entre las piernas?** Es uno de esos putos tan putos que no puede pronunciar la palabra. De los que se enorgullece de haber nacido por cesárea. Invicto. Tan trolo de la pija que nunca entendió cómo podía existir yo.

Concha honda puntiaguda vulva medusa garbanzocéanode-sierto. Vagina.

Se tensa. Pupilas contraídas, rictus. Endereza la espalda bien derecha en la cama, sólo duro el colchón y duró demasiado el preámbulo hacia la dura realidad. Debería haberle ahondado en el morbo antes de venir. (Y no venir).

¡Pero no se te nota!

Nunca diré gracias.

El tipo más soso que me hizo escuchar por horas su transmutación hacia la vida iluminada donde todos somos uno (un pito) sin tocarme me despide en la puerta, aquí pondrá los árboles frutales. El resultado es el mismo que si hubiera resultado: me vuelvo a mi casa humillado y sin un ápice de calentura. Pero sequito, bien sequito hasta de la cabeza.

El grupo de wsp

por Sol Reali

¿Somos un grupo? ¿Qué es esta grupalidad? ¿Se hace lazo?

Somos estudiantes de la Diplomatura en Escritura Creativa de la UNTREF. Cohorte 2025. Pertenecemos al “interior”, aunque hay quienes están en el “exterior”.

Apenas comenzamos a cursar la diplomatura en abril, la Mili armó el grupo. En aquel tiempo me pregunté si estaríamos todos. Fuimos sumándonos y presentándonos desde nuestros lugares de residencia. Es que somos con los lugares que habitamos.

Primero se llamó “Diplomatura UNTREF” y después de cursar con Iosi y arrancar con Julia, la Carla lo llamó “Poesía eres tú”, pero antes, la Delia, que se llama Clarita en el meet, puso una foto del grupo de una flor sanjuanina, “florcita de la cola de mono” y quedó para siempre.

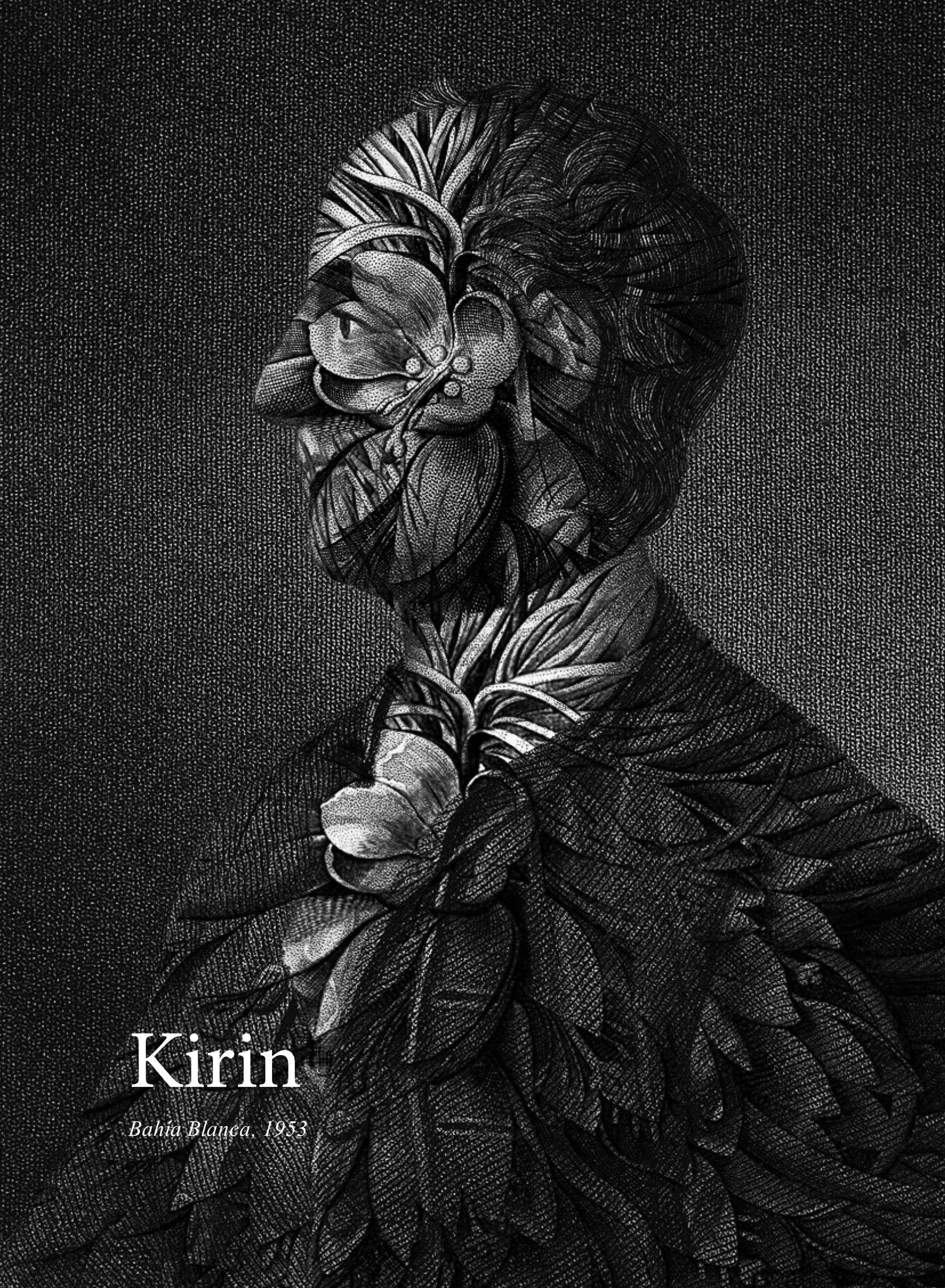
Creo que el cambio de nombre fue ocasionado por el pasaje de la ficción a la poesía. Una hermosura de mezcla entre el lema Iosiano “*La consigna sos vos*” y la maravilla que la poesía y Julia nos acercó. Un respiro para algunos, una pregunta para otros, un imposible, un descubrimiento, un mar donde nadar, una experiencia que olvidar.

Pero volviendo a los inicios, empezamos a escribir en el grupo por la consigna de Iosi sobre “escribir una fábula sin palabras”. Qué?! Y así anduvimos, entre que no entendíamos y que recuperábamos la idea de cata online de vino que finalmente no sé, nos inhibimos. Era mayo y algunos se sumaban recién. Nos preguntábamos por el recreo, la evaluación y como aprobar del seminario.

Links, videos, lecturas, consultas, comentarios. Llegó junio, el otoño y la poesía. Julia con su ordenamiento, hasta el recreo planificado con música. Los pro Iosi / los fans de Julia. Se dividieron las aguas sin que naufragáramos. Y todo parecía belleza y metáfora. De la pausa versal, la forma orgánica, los surrealistas, el diario de los sentidos, las ganas de conocer a María Negroni, el tráfico de textos, la piratería de los libros de María como una vergüenza pública que decidimos omitir en la entrevista (porque somos pobres pero tenemos dignidad), el debate sobre la necesidad o no de textos académicos, la confirmación de que tendríamos una entrevista con ella y el armado de un cuestionario con más de 40 preguntas, la selección de los entrevistadores, el Autorretrato, la Plaquette, la entrevista finalmente a María, la angustia, “obsesión-tedio-desesperanza”, dice el Elián que es Anarka Magia en el meet, la relectura, la corrección, el uso del artículo antepuesto al nombre que los del interior usamos, las disculpas del Germán, uno de los 3 hinchas de Huracán del país, al que ya vimos que todo no le “chupa un huevo”, que casi casi es cancelado por un malentendido, de esos, en los filos del machirulismo y la literatura. Y el debate sobre la cancelación, sobre las malas palabras, sobre la censura, sobre el patriarcado, sobre el humor, sobre la meditación, sobre la inspiración, sobre la diversión, los problemas de salud de la Delia, los mensajes choclazos, como ella misma les dice, catárticos, que prenden fuego el debate de la Carla, la posibilidad de que la maestría sea híbrida, los poemas de la Geri que la rompen, sobre la distancia que hay entre lo que escribimos y lo que somos.

Y llegó Julián, a 150km por hora, para despabilarnos de la narcosis poética y poner los pies en la tierra. Empezamos a grabar las clases, compartirnos los apuntes, las preguntas, las confusiones, la montaña rusa que implica para nosotros entrar en ritmo

con la modalidad de cada docente, el bagaje que trae, que nos acerca, el saber, el entusiasmo. La Instantánea, la ansiedad, el mareo, el desánimo, la desorientación, la Carta al ídolo, la pregunta de qué es un ídolo, la ausencia de ídolos para muchos de nosotros. Que alguien extraña a Iosi, que otros a Julia, que Julián motiva. Que no nos llega la consigna, que le llegó a un amigo del Esteban, que todo es un quilombo, que hay que imaginar un medio de comunicación propio y que, de paso, justo coincidió con la idea que venía amasándose de una revista.



Kirin

Bahía Blanca, 1953

La potencia visual

Kirin nació en la ciudad de Bahía Blanca en el año 1953 con el nombre de Carlos Dell'Agostino. De formación autodidacta, expuso por primera vez en 1978. Desde 1981 vive en la ciudad de Buenos Aires.

Compuesta principalmente por pinturas, esculturas, objetos y collages, su obra incluye además dos trabajos de arte sonoro, *Escrituras sobre el silencio* (1993-1996) y *Opus PBk9* (2003-2007), realizados a partir de la construcción de instrumentos musicales inventados. Ha expuesto en numerosas galerías de Argentina y del exterior.

Diversos libros de arte recogen parte de su obra más importante: *Kirin* (Jorge Mara - La Ruche, 2011), *Kirin. El diamante de la noche cae entre las plantas* (De la Alondra, 1986, selección de textos de Juan Carlos Otaño), *Kirin. Arcanos mayores* (Galería Sur, 1999, introducción y selección de textos de Alejandro Puga), *Kirin* (Jorge Mara-La Ruche y Galería van Riel, 2004) y *Kirin* (Daniel Maman Fine Arts, 2007). *Razón poética*, de Vicente Zito Lema (Fin de Siglo, 1991), incluye 50 trabajos suyos. En 1999 publicó *Los ángeles son las moscas del paraíso* (Galería Sur), con collages y textos de su autoría. Ha participado de las ferias ARCO (con Galería Sur, 1997-1999 y 2001; y con Jorge Mara-La Ruche, 2005; 2014 Madrid), ArteBA (con Galería van Riel, 1994 y 1996; con Galería Sur, 1997-1999; con Maman Fine Arts, 2006; y con Jorge Mara-La Ruche, 2004, 2005, 2011, 2012, 2013 y 2014, Buenos Aires), Art Basel Hong Kong y Art Basel Miami Beach (con Galería Jorge Mara – La Ruche, 2013).